LA NAVIDAD DE LOS DUQUES



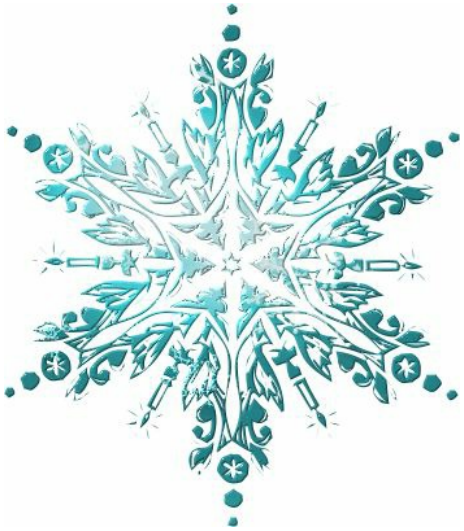
UN CONDE PARA MAUDE

ISABELLA ABAD

NAVIDAD CON LOS DUQUES

UN CONDE PARA MAUDE

(Novela corta)



ISABELLA ABAD

©Todos los derechos reservados

PREFACIO
UNO.
DOS.
TRES.
CUATRO.
CINCO.
SEIS.
SIETE.
OCHO.
NUEVE.
DIEZ.
ONCE.
DOCE.
TRECE.
CATORCE.
QUINCE.
DIECISÉIS.
DIECISIETE.
DIECIOCHO.
DIECINUEVE.
FINAL.

PREFACIO

Mi querido lector, espero que estés muy bien, y si esta novela te llega en esta época especial que es la Navidad, sea una fuente de alegría. (Pero si la estás leyendo en otro momento, recuerda que también es oportunidad para dejarse permear por el amor y la magia de la familia).

Mi intención con esta lectura corta es dar cierre apropiado y romántico a esta serie de Regencia. Hay mucho de conexiones, agradecimiento, aprecio, vida familiar y romance. Dejé de lado , por esta vez, la pasión arrolladora que el romance lleva implícito, o los problemas insalvables, para subrayar otras emociones.

Hay algunas licencias históricas, salvadas con aclaraciones: el árbol navideño realmente se convirtió en algo habitual en la época victoriana, pero existía en zonas de Alemania, por ejemplo.

Disfruta, y mis mejores deseos,

Isabella

UNO.

La casa solariega de los Bristolbridge se alzaba en el corazón del campo galés, rodeada de colinas suaves cubiertas por el manto blanco que las nevadas intensas extendieron sobre el paisaje.

Los techos de pizarra se destacaban contra el cielo gris, y el humo de las numerosas chimeneas ascendía, promesa de calidez y protección contra el clima invernal.

Anne se detuvo por un instante al pie de la escalinata que conducía a la entrada principal. La nieve recién caída crujía bajo sus botas, y el aire fresco enrojecía sus mejillas. Desde allí podía ver los establos y a los mozos que trabajaban con diligencia para dejar sitio para los carruajes de los invitados que llegarían el día siguiente.

El corazón de la duquesa de Bristolbridge latía con una mezcla de anticipación y alegría, aunque también responsabilidad. Acomodar a tanta gente de manera eficiente era un desafío, diferente a los que había atravesado en su pasado.

Claro que tenía la ayuda incondicional de la servidumbre, desde el mayordomo al último de los criados la seguían y cumplían sus requerimientos sin chistar. Era la duquesa para ellos, no la *bastarda*, como tal vez todavía una parte de la clase alta londinense pensaba.

Esas opiniones, otrora lacerantes, ya no contaban para ella, para Grayson o su familia, ni para los buenos amigos. Su esposo había logrado que olvidara lo que no tenía que ver con él, con su amor, con la felicidad que les envolvía.

Se había ido ajustando a su nueva posición con el paso de los meses, y hoy se sentía cómoda en su piel.

Esta es la propiedad que más me gusta, pensó, complacida, mientras ajustaba la bufanda de lana en torno a su cuello. Las tierras que rodeaban la gran casa, la gente de los alrededores, el ambiente más desestructurado y abierto, era un paraíso a pesar del frío.

—¿Inspeccionando que cada cosa esté en su sitio antes del arribo de la muchedumbre?—dijo una voz familiar a su espalda.

Anne giró y vio a Grayson avanzando hacia ella, y se deleitó en la observación desinhibida de su esposo. Atildado a pesar de que estaban en el medio del campo, guapo y masculino, y con aquel brillo en sus ojos grises que derretía cualquier rastro de frío en Anne.

—Alguien tiene que hacerlo —respondió Anne con una sonrisa.

Grayson se detuvo frente a ella, colocando sus manos sobre sus hombros para quitarle la nieve que comenzaba a acumularse en su bufanda.

—La casa está perfecta, Anne. Ya lo has supervisado todo al menos dos veces. Ahora, ¿qué tal si entras antes de que te congeles aquí fuera?

Se inclinó, y rozó su mejilla con los labios, entibiando su piel, y Anne sonrió, asintiendo, y permitiendo que él la guiara hacia el interior, que los recibió cálido y acogedor.

Suspiró hondo y se detuvo, girando para abrazarlo por la cintura y Grayson lanzó una risita cómplice.

—Mi preciosa esposa me echó mucho de menos esta mañana, por lo que veo.

—Siempre, Grayson, ya lo sabes. Y me siento tan feliz.

—También yo, Anne.

Avanzaron por el vestíbulo decorado con ramas de acebo, laurel y muérdago en forma de ramos y guirnaldas que Anne había ayudado a colocar junto con los criados. Con suavidad y al pasar al lado de una de las criadas le pidió que les trajera té.

—¿Quieres quedarte aquí para supervisar, o te permitirás un rato de descanso?— preguntó Grayson, una sonrisa juguetona curvando sus labios mientras ayudaba a Anne a quitarse el abrigo.

—Tal vez debería aprovechar un momento de paz antes de que todos lleguen— respondió ella.

La mirada traviesa de Grayson le indicó que tenía algo más en mente, pero justo entonces escucharon el sonido demandante, y ambos sonrieron de modo automático.

—Parece que tendrás que posponerlo, querida, porque nuestra pequeña dama ya está despierta.

Grayson le ofreció su brazo mientras ascendían las escaleras hacia el ala familiar. Anne aceleró el paso a medida que se acercaban a la habitación de la pequeña Lydia. Gorjeos y sonidos ininteligibles les recibieron al entrar.

La niña, con su cabello castaño rizado y ojos grises brillantes estaba sentada en una alfombra, rodeada de juguetes. La institutriz les sonrió y se retiró hacia la ventana al verles llegar.

Anne levantó a Lydia y la giró en el aire, provocando una risa contagiosa que llenó la habitación. Grayson observaba desde un rincón, sus brazos cruzados, su mirada cálida y relajada.

Grayson, su esposo gentil, honrado y encantador, el hombre que adoraba y la cuidaba y consentía, había cambiado desde que Lydia llegó a sus vidas.

Aunque su intensidad y determinación seguían intacta, especialmente cuando sus ojos la encontraban, se mostraba más abierto y relajado.

Con la niña en brazos luego de jugar un rato, se dirigieron al comedor privado, una pequeña habitación adornada con cuadros familiares y una chimenea que crepitaba.

La comida era sencilla pero deliciosa: pan recién horneado, queso, sopa caliente y un vino especiado que parecía encarnar la esencia de la Navidad.

—Estás haciendo maravillas con esta casa, Anne—dijo Grayson mientras llenaba su copa y le servía a ella un poco más de vino—. No sé cómo logras mantener todo bajo control, especialmente con un bebé, a la que tampoco descuidas. Creo que tenemos a la institutriz más aliviada en tareas de toda la nación.

Anne se encogió de hombros, una sonrisa tímida en sus labios.

—He tenido buenos maestros—Lo miró a los ojos, su gratitud y amor claros en su expresión—. Y también un compañero maravilloso que me deja ser.

Grayson dejó la copa sobre la mesa y tomó la mano de Anne. Sus dedos acariciaron los de ella, trazando círculos suaves.

—Espero que sepas cuánto valoro lo que haces. Esta casa… esta familia… cada detalle de mi pasado familiar en esta casa se hace más bonito con tu toque, Anne.

Anne sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas, pero antes de que pudiera hablar, Grayson se inclinó y depositó un beso en su mano.

—Por cierto, esta noche, cuando todos estén dormidos… tengo algo que quiero discutir contigo—susurró, con una mirada que mezclaba ternura y un toque de picardía.

Anne se acomodó el cabello, agitada, y le miró. Quedaban trazos de su timidez en su carácter, y Grayson disfrutaba de sonrojarla o ponerla un pelín turbada.

—¿Qué planeas ahora?

—Tendrás que esperar para descubrirlo.

Esperaría con ansiedad e impaciencia, por supuesto, porque amaba perderse en sus brazos y sentir sus manos y su boca en ella. Su vida bonita se volvía colores y sensaciones extremas cuando la pasión que les conectaba se derramaba en el lecho.

Su corazón se llenaba de una calidez indescriptible mientras pensaba en la familia que habían formado, en el hogar que estaban construyendo y en las nuevas aventuras que el futuro les deparaba.

DOS.

El amanecer en Bristolbridge fue sereno, con un manto de nieve recién caída cubriendo los campos y los bosques cercanos.

La mansión se animó temprano con el ir y venir de la servidumbre, preparando cada rincón para los invitados que comenzarían a llegar en pocas horas.

Anne, despierta desde el alba, iba de sitio en sitio, pendiente de las preparaciones mientras mantenía un ojo atento en Lydia, quien daba pasos torpes por los pasillos.

—¿Ya está todo listo? El arribo de nuestros invitados es inminente—dijo Anne a la señora Norfolk, el ama de llaves, mientras revisaba la lista de habitaciones asignadas.

—Por supuesto, miladi. Las habitaciones tienen lo necesario y las estufas serán encendidas en breve para que estén tibias, además de que las camas están preparadas. Las cocineras están trabajando fuerte para hornear pasteles y las otras delicias que ordenó.

La mujer esbozó una sonrisa orgullosa, y Anne asintió.

—Muchas gracias, Emma—tomó una mano y la apretó con brevedad.

El ama de llaves parpadeó, todavía poco habituada al contacto físico con una de sus señoras, y Anne sonrió. Su suegra era una mujer enérgica, justa, pero bastante imponente, nacida y educada para tomar su lugar de privilegio.

Anne… Ella sabía de pelear por un lugar, conocía de miserias y de la buena vida, y no veía mal demostrar aprecio y agradecimiento a quienes les hacían la vida más sencilla.

Le nacía hacerlo, y no se limitaba. Las primeras veces había suscitado sorpresa y algunas de las criadas se quedaban sin habla. Había habido incomodidad en la señora Emma Norfolk, nieta e hija de ama de llaves, pero eso mejoraba.

—Señora, ¡está llegando un carruaje!

La criada Marge avanzaba con prisa, sus mejillas sonrojadas, y Anne se dio la vuelta para ir al patio, justo cuando Grayson bajaba la gran escalera con Lydia en brazos, listo para recibir a sus amigos y familiares.

Era el carruaje de los Worcester, reconoció, porque los detalles dorados que reflejaban el sol invernal eran inconfundibles. Anne se adelantó, encantada, deseosa de ver a Nessa.

Francis fue el primero en descender con agilidad, seguido por Nessa, que llevaba un abrigo rojo vibrante.

Henry, de cuatro años, bajó dando saltos, seguido por su hermana menor, Rose, una pequeña pelirroja de rizos indomables y ojos vivaces.

—¡Tío Grayson!—gritó Henry al verlo, corriendo hacia él con los brazos abiertos.

Grayson apenas tuvo tiempo para poner a Lydia en brazos de Anne, que reía

deleitada, y se inclinó para atrapar al pequeño, elevándolo en el aire, consiguiendo con ello gritos encantados.

—¡Qué pesado estás, Henry, en poco tiempo no podré hacer esto! ¿Qué tal el viaje? —preguntó Grayson, bajándolo y despeinándole los rizos.

—¡Frío! Pero quería llegar y ver la nieve de verdad. ¡Es muy blanca!—respondió el niño, su entusiasmo haciendo sonreír a todos.

Anne saludó a Nessa con un abrazo cálido, y esta no demoró nada en tomar a Lydia en sus brazos con cuidado, tocando sus mejillas y rizos.

—¡Qué bonita estás, mi pequeña!

—Como su adorable madre—dijo Grayson, que saludó a Nessa con un beso galante en su mano enguantada, pero la escocesa fue más efusiva y le abrazó.

—Por supuesto que sí. Anne, querida, ¡estás radiante! Me alegra comprobar, otra vez, que Bristolbridge no solo te sienta bien. El duque y su casa—dijo Nessa, guiñando un ojo, y mirando alrededor con admiración—. Esto sí que es un paraíso invernal.

—Gracias, Nessa—respondió Anne con modestia, aunque el cumplido le arrancó una sonrisa—. Tú estás preciosa. Y tus niños…—se inclinó y besó a la pequeña Rose, que se hizo más pequeña y se escondió un pelín en las faldas de su madre—. Bellos…

Un segundo carruaje llegó un rato más tarde, esta vez trayendo a Hugh e Isla, los duques de Elywood, con sus mellizos, James y Margaret, de dos años. La pareja descendió con una energía contagiosa, Hugh cargando a los niños en sus brazos.

—Anne, Grayson, ¡qué alegría verlos!—Su radiante sonrisa y la belleza majestuosa de su rostro se mantenía incólume, y la cicatriz de su mejilla apenas se veía ya. Con prisa llegó a ellos y les abrazó—. ¡Esto es tan hermoso!—dio un giro y extendió sus brazos—. Deja a los niños en el piso, Hugh, que toquen la nieve.

Así lo hizo el duque de Elywood, y hubo risas cuando los niños se enterraron en el suelo blancuzco y juntaban montones con sus manitas enguantadas.

No tardaron en aparecer Henry y su hermanita para unirse a la diversión, y en pocos minutos había bolas de distintos tamaños.

Cuando estas comenzaron a volar por los aires y el primer llanto surgió, Nessa e Isla se apuraron a ordenar la situación.

Estaban a resguardo del frio y tomando el té con abundantes refrigerios cuando se anunció la llegada de un tercer carruaje, del que descendió Samuel con un porte relajado y una gran sonrisa.

El primo de Francis, criado como un hijo en el seno de la mansión Worcester, había pasado los últimos tres años en la India, explorando sus paisajes y culturas, y su regreso era motivo de alegría para todos.

El recibimiento lo reflejó, porque Francis se emocionó, abrazándolo con fuerza, y lo mismo el resto, que le fue saludando por turnos.

—Samuel, es bueno verte de nuevo. Has cambiado, eres un hombre hecho y derecho —dijo Grayson, estrechando su mano con calidez.

—Gracias, Grayson—contestó, campechano y sin formalidades. No eran lo suyo, y conocía a los amigos de Francis desde que era muy niño—. Los años pasan, y tenía que crecer. Aunque supongo que el bigote ayuda—sonrió, y hubo asentimientos.

Alto y atlético, su tez más bronceada, testigo de su paso por el Oriente, se le veía más compuesto, calmo, y las líneas de expresión que solían estar alrededor de sus ojos, fruto de su juvenil tendencia a reír de todo, estaban menos marcadas.

Miró a su alrededor con satisfacción y frotó sus manos sin guantes.

—Es bueno verlos a todos. Pero creo que será mejor si nos ponemos al día al lado de un buen fuego.

—Por supuesto, qué imperdonable. Samuel, bienvenido a Bristolbridge.—dijo Anne, sonrojándose, su rol de anfitriona olvidado por un momento—. Vamos adentro y podrás calentarte y tomar algo.

—Oh, Anne, es tan bueno verte, y estaba bromeando—señaló, y se encogió de hombros con una sonrisita ante la mirada de reconvención de Grayson—. Estáis muy serios. Pero, ¿qué tenemos acá?—Su rostro se encendió al ver las pequeñas presencias—. Sí que las cosas han cambiado. El grupo crece sin parar—añadió.

Se acercó con paso rápido e hizo un gesto veloz, y en sus manos apareció una moneda. Las caras de los chavales se encendieron con asombro y explotaron las preguntas.

Hubo cruce de miradas entre los mayores, y meneos de cabezas. Algunas cosas no cambiaban, en realidad.

Acomodados junto al fuego, las charlas fueron retomadas, y la señora Norfolk sirvió a Samuel té, pan tibio con mantequilla, bizcocho esponjoso con semillas de alcaravea y tarta de frutas, de todo lo cual dio cuenta con apetito, rodeado de los niños.

Una hora más tarde, el cuarto y último de los carruajes esperados apareció, y en él llegó Maude Atholl, que había dejado atrás a su familia en la casa solariega, aceptando la invitación de Anne.

Esta había hecho mucho para no perder su vínculo con la familia que la vio crecer. Su vínculo con la parte de los Atholl que habían sido más críticos con ella, había mejorado, en especial con Victoria.

Con ella había compartido algunas instancias de charlas sociales, en especial cuando los rumores malignos sobre Anne sucumbieron a su nuevo estatus de duquesa.

Con Edward y Maude siempre hubo cariño, y por ello le extendió la invitación a

pasar la Navidad con ellos, sabedora de que la joven disfrutaba de estar con sus primas Campbell y con los niños de la familia.

La pequeña Lydia adoraba a su Mau Mau, y el cariño era recíproco. Maude estaba convertida en una joven radiante de veinte años. Su cabello castaño caía en ondas perfectas bajo un sombrero elegante, y su sonrisa iluminó el vestíbulo cuando vio a Anne.

—Anne, ¡qué ganas tenía de veros!—dijo Maude, abrazándola con afecto.

—Bienvenida, mi queridísima—Anne le devolvió el abrazo con calor. Era uno de los pedacitos de su pasado que la entibiaban—. ¡Me alegra tanto que hayas podido venir! ¡Y mira lo hermosa que estás! El aire del campo te ha sentado de maravilla.

Maude se sonrojó con ligereza, agradecida por el cumplido, y cuando sus ojos se desviaron hacia un costado, su rubor se hizo mayor. Anne parpadeó y miró al costado.

Allí estaba Samuel, su mirada curiosa clavada en Maude.

—Maude, ¿recuerdas a Samuel, el primo de Francis? Samuel, esta es Maude Atholl —dijo Anne, haciendo las presentaciones.

—Oh, claro, la recuerdo, aunque bastante más pequeña—acotó, asintiendo, pensativo—. Un placer verte otra vez, Maude—dijo Samuel, inclinándose en una reverencia corta gentil.

Sus ojos estudiaban a la menor de los Atholl con genuina curiosidad. Una ausencia tan prolongada hacía que muchos nombres y personas se desdibujaran de la cabeza de un viajero, suponía Anne.

—El placer es mío, Samuel—respondió Maude, haciendo una pequeña reverencia antes de mirar a Anne con una sonrisa nerviosa.

Ya tranquila de que los invitados estaban ubicados en sus respectivas habitaciones, Anne se preocupó por los detalles para la cena en el gran salón. Solo cuando la señora Norfolk le hizo ver, seria, que sabía cómo proceder, se resignó a ir a su recámara.

Allí se entretuvo con Lydia, a la que bañó sin prisas, disfrutando de su pequeña, del gozo que esta traía a su vida. La vistió, y luego procedió a cambiarse ella, justo cuando Grayson llegaba a buscarla.

De la mano con la pequeña descendieron la escalera y se acercaron al salón, donde las risas y las conversaciones ya estaban en su apogeo. Se sumergieron en el ambiente y luego de un rato, se sentaron a la mesa.

La cena fluyó en un ambiente relajado, lleno de risas y el tintineo de las copas al chocar en brindis. Anne, desde su lugar en la cabecera junto a Grayson, observaba a los invitados con una felicidad que la desbordaba.

Esta era su gente, las personas que habían sido parte de su vida y la habían

acompañado en sus subidas y bajadas. Los amigos y la familia que quería. Sería un diciembre hermoso, todo para ellos.

—Este estofado es una maravilla, Anne—comentó Francis, alzando su copa—. Si esto es lo que sirves en su mesa, no me extraña que Grayson no quisiera dejarte ir.

Anne sonrió, lanzando una mirada cómplice a su esposo.

—Trasmitiré tus elogios a los verdaderos hacedores. Aunque creo que Grayson aprecia algo más que la comida. Creo que fue más por nuestra pequeña traviesa. ¿Verdad, Grayson?

Este se inclinó hacia ella con una sonrisa de adoración.

—Ambas me tienen atrapado. Sin remedio.

Hugh, bromista, intervino:

—¡Y yo que pensaba que el amor solo necesitaba flores y poesía! Ahora resulta que también exige estofado. Tomo nota.

—Oh, no creo para nada que tenga que ver con la comida. ¿Qué haría Nessa entonces, que es capaz de quemar el agua?—dijo Maude, y hubo carcajadas ante la ingeniosa intervención.

—¡Qué injusto! No has comido nada que yo haya hecho en años, prima—se defendió aquella, y Maude retrucó:

—¿Por qué crees que sea?

La mesa estalló en más risas, y a diferencia de lo que sería habitual, la de Samuel fue medida, concentrado en observar a Maude con atención.

—Tal vez no sea necesario recitar poesía o flores, o buena mano en la cocina, pero seguro que ayuda tener algo que ofrecer. ¿Tú qué opinas, Maude?

Ella arqueó una ceja, divertida, aunque fingió pensar.

—Oh, claro que hay que tener algún talento. Los míos todavía no se desarrollan… Excepto el de no conformarme con menos de lo que merezco.

—¡Bien dicho, Mau Mau!—dijo Nessa, y Maude suspiró.

—¿Mau Mau?—Samuel elevó una ceja.

—Así la llama Lydia—señaló Anne.

—*Solo* Lydia—remarcó Maude, y Samuel sonrió con amplitud.

—Pues yo creo que también ayuda un buen vino—dijo Grayson, que tomó un largo sorbo, y elevó su copa en muda señal de brindis, que inició gestos de respuesta en los hombres.

—Estoy de acuerdo —intervino Hugh, alzando su copa una vez más—. Aunque diría que la compañía hace mucho más que el vino.

Anne miró a todos con los ojos brillantes de alegría.

—Bien dicho. Grayson y yo no podríamos estar más felices de tenerlos aquí. Cada

uno de ustedes es importante para nosotros, y esta casa siempre será su hogar.

++++

La charla siguió un buen rato, y hubo juegos de sobremesa. Cuando las luces comenzaron a atenuarse y los invitados se retiraron a descansar, Maude se quedó unos momentos más junto a la chimenea, sumida en sus pensamientos.

En su mano giraba una copa de vino casi vacía, mientras sus ojos seguían inconscientemente la figura de Samuel, que conversaba con uno de los criados antes de acercarse hacia ella.

—¿Pensando en regresar a Londres? —preguntó Samuel, rompiendo el silencio.

Su voz profunda tenía un tono casual, pero sus ojos, oscuros y directos, parecían escudriñar su faz. Maude parpadeó, sorprendida por la repentina cercanía.

Caray con este hombre, pensó. La ponía un pelín… nerviosa. ¡Qué tontería!

—¿Por qué habría de hacerlo? Apenas he llegado. Y además, ¿quién podría dejar atrás una chimenea tan acogedora como esta?

Samuel dejó escapar una leve risa.

—Supongo que no muchos. Aunque la chimenea no es lo único agradable aquí.

Sus palabras tenían un matiz serio, aunque su rostro sonreía. Maude arqueó una ceja, divertida por lo directo de la frase.

—¿Eso ha sido un cumplido?

—Quizás. O tal vez solo una observación—respondió, sosteniéndole la mirada un instante más de lo necesario.

Maude dejó la copa vacía sobre una mesa cercana y se cruzó de brazos. No iba a dejarse impresionar por este hombre. Sí, bueno, un poco lo estaba, pero si no lo hacía notar, zafaba.

Lo último que faltaría era que viniese a pasar la Navidad y Samuel se le metiese por los ojos. No es que fuera enamoradiza, pero él era muy atractivo, y agradable. Gentil, divertido. Lo demostró en la mesa, en la sobremesa. Ahora.

—Debo advertirte que no soy fácil de impresionar. De hecho, soy muy exigente.

El tono ligero de sus palabras no se acompañó con un rostro imperturbable, como trató de mantener. La curiosidad le brillaba en los ojos, y le gustaba charlar con él. .

Él asintió.

—Eso no me sorprende. Pareces una mujer con estándares altos. Las seguras de sí misma son así. Eso las vuelve fascinantes.

A Maude se le atoró saliva en la garganta, y carraspeó, sin la frase ingeniosa a mano para retrucar. *¿Por qué no podía actuar con naturalidad?*, se quejó en su mente.

Había asistido a infinidad de galas sociales y recibido a varios pretendientes, a los

que rechazó con habilidad y con los que se enzarzó en conversaciones ingeniosas.

De su lado, al menos, porque en general los hombres que solicitaron cortejarla habían sido cerrados catetos y aburridos pretenciosos. Oh, divagaba, ¿qué tenía que pensar en cortejos aquí?

El caso era, Samuel se había arreglado para dejarla sin palabras, y por ello, acudió a lo que la educación familiar le había grabado a cal y canto.

Esbozó una sonrisa que podía significar cualquier cosa y se levantó con la gracia de alguien acostumbrada a manejar situaciones incómodas con elegancia.

—Buenas noches, Samuel. Ha sido un placer hablar contigo.

Y con eso, se dirigió a las escaleras, dejando a Samuel con una leve sonrisa en los labios.

—Que descanses, Mau Mau.

TRES.

La mañana siguiente comenzó temprano. La nieve no dejaba de caer, aunque suave y espaciada, y los niños se despertaron con gritos de emoción ante la perspectiva de jugar al aire libre.

El ambiente estaba cargado de expectativa; los adultos planeaban pasar el día entre actividades tradicionales y momentos de descanso frente a la chimenea.

Anne, envuelta en un abrigo de lana azul oscuro, organizaba las primeras actividades mientras supervisaba los preparativos del desayuno. Grayson la observaba desde el umbral de la sala, una sonrisa ligera en sus labios.

Su esposa era un torbellino de energía tranquila, siempre atenta a los detalles.

—¿Te das cuenta de que no has parado desde que amaneció?—le dijo, acercándose.

Anne se giró hacia él, sosteniendo una bandeja con tazas de té.

—Quiero asegurarme de que todos estén felices—respondió, sonriendo.

Grayson tomó la bandeja de sus manos y la colocó en la mesa más cercana. Luego la atrajo hacia él, dejando un suave beso en su frente.

—¿Tú lo estás? Porque para mí es lo que importa

Sus ojos conectados no fallaban en hacer que el mundo se aquietara, y la besó suave, una caricia que buscaba calmar el fragor de la ansiedad que ser la perfecta anfitriona provocaba en su esposa.

Anne suspiró, y le abrazó.

—Estoy muy feliz—murmuró.

Después de comer, los niños se lanzaron al jardín, liderados por Henry y los mellizos. Armados con bufandas, guantes y botas, comenzaron una épica batalla de bolas de nieve que pronto incluyó a Hugh, Francis, Grayson y Samuel.

Las risas resonaban en el aire, mezclándose con los gritos de los pequeños. Anne e Isla observaban desde la terraza, abrigadas y con las mejillas rosadas por el frío.

Nessa, que tenía a Isla Rose en brazos, no podía evitar reír al ver cómo Francis intentaba refugiarse detrás de un árbol, solo para ser sorprendido por Hugh.

—Mira a esos hombres, parecen niños grandes—comentó Isla, sacudiendo la cabeza.

—Cierto, y que Grayson participe… Habla de lo calmado y en paz que está. No imagino una Navidad mejor que esta—respondió Anne, con los ojos llenos de cariño, y se dio vuelta para observar a Lydia, que dormía muy arropada en su pequeña cuna de madera, a pesar del escándalo que se elevaba en el aire frío.

Fuera de la vista, Maude y Samuel, alejados un poco del grupo principal, paseaban

por un sendero cubierto de nieve que serpenteaba hacia un pequeño bosque. Maude sostenía una ramita entre sus manos, girándola entre los dedos mientras hablaba.

—Es curioso cómo las estaciones pueden cambiar el aspecto de un lugar. He estado en Gales antes, pero nunca lo había visto tan… mágico—dijo, levantando la vista hacia las ramas cubiertas de hielo.

Samuel caminaba a su lado, las manos en los bolsillos y una leve sonrisa en los labios.

—Es impactante cómo un lugar se transforma con el clima. Y, aunque más sutil, también lo hace con la compañía. Esta lo transforma todo—respondió, mirando de reojo a Maude.

Ella se detuvo y lo miró con curiosidad.

—¿Siempre dices cosas tan encantadoras, o es algo que aprendiste en la India? —preguntó, arqueando una ceja.

Samuel rio, una risa profunda y contagiosa.

—Supongo que es una mezcla. Aprendí muchas cosas en la India, pero también he descubierto que hay personas que inspiran ciertas palabras.

Su tono era suave, introspectivo.

Maude sintió calor en las mejillas, pero en lugar de responder, giró para seguir caminando. Seguro le decía esas frases encantadoras a toda la que veía por ahí.

Más tarde, la familia se reunió en el gran salón para decorar. Anne había decidido que sería buena idea dar participación a los niños, y para ello había traído cajas llenas de cintas, adornos y velas.

Pronto el lugar era un pandemonio alegre, y los niños eran ayudados y elevados sobre los hombros para que colgaran guirnaldas de hojas de acebo y ubicaran ramitas de muérdago en puertas y pasillos. Era algo que harían de a poco, porque faltaba bastante para la cena de Navidad, y la casa era grande.

Samuel estuvo muy activo y risueño con ellos. Maude, de pie cerca de la chimenea, observaba la escena con una sonrisa.

—Eres muy bueno con los niños—dijo cuando él bajó de la escalera.

—Pues es porque me divierten y me entretienen—respondió, quitándose una mota de nieve imaginaria del hombro.

—¿Estás listo para casarte y tener los tuyos? ¿Volverte un hombre de familia?—bromeó Maude, aunque sentía curiosidad.

Samuel la miró con una expresión seria, como si considerara la pregunta con detenimiento.

—Por mucho tiempo creí que no era bueno siguiendo las expectativas de la

sociedad. Por eso me fui, a conocer el mundo. Hoy día… No reniego de la posibilidad de tener una esposa, hijos… Hay muy buenos ejemplos aquí. No lo había considerado con seriedad… Hasta ahora—dijo, dejando que sus palabras flotaran en el aire.

Maude lo observó en silencio, y no dijo más, retirándose para charlar con las demás. Sus conversaciones eran breves, pero intensas, y Maude encontraba que le provocaban ideas que no debía. Y que estaba pensando en él más de lo conveniente.

Grayson se acercó a Anne mientras ella observaba a Lydia jugar con Isla Rose. Le ofreció su brazo, y ella lo tomó, haciendo un gesto a la institutriz para que no perdiera de vista a las dos niñas, y siguió la guía de su esposo hasta una pequeña sala contigua.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Anne, mirándolo con curiosidad cuando él trancaba la puerta.

—Robar un momento para nosotros—respondió Grayson, girándose para mirarla.

Sus manos encontraron las de ella, y su expresión se hizo apasionada. La estrechó contra sí, y le tomó la boca sin advertencia, y Anne correspondió con igual pasión. Sus labios, que ya se conocían de memoria, se deleitaron en el contacto, y sus lenguas se acariciaron suaves, mientras las manos se acariciaban y provocaban.

Varios minutos pasaron hasta que emergieron por aire, sus rostros enrojecidos y las respiraciones agitadas. Él le acomodó el cabello y sonrió.

—Tendremos que esperar unos minutos para salir… No tengo suficiente de ti. Creo que pasarán los años y con ellos mi adoración por ti crecerá más y más.

—Oh, Grayson… Es mutuo, lo sabes.

—Es bonito ver la casa llena de risas, de vida. Echo de menos a los míos, pero ellos merecen ese viaje, y le hará bien a Beth, a sus niños…—suspiró.

Anne le abrazó, consciente de lo preocupado que había estado Grayson por su hermana, que había enviudado el año anterior. El que su esposo hubiese sido un hombre torpe y jugador enviciado no atemperó el golpe que su muerte temprana causó.

Por ello, Beth había decidido pasar la Navidad conociendo París. Su madre y sus hermanos decidieron acompañarla, y Grayson y Anne prometieron encargarse de la casa en Gales, los arrendatarios y lo que era tarea habitual de Beth.

Así había surgido la idea de invitar a los amigos acá, y esta iniciativa fue saludada con entusiasmo por todos, Grayson incluido. Anne estaba satisfecha de haber interpretado su deseo de estar muy acompañado en estas fechas.

Grayson la rodeó con sus brazos, apoyando la barbilla en su cabello.

—Eres mi luz, Anne. Nunca olvides eso.

El sonido del viento en las ventanas y el suave crujido de la chimenea llenaron el

espacio mientras ambos se aferraban al momento.

CUATRO.

Tras una copiosa comida en el comedor principal, las familias se trasladaron al salón de juegos. Anne estaba con Lydia, que se había encaprichado con una muñeca de porcelana, regalo de Nessa, mientras Grayson charlaba animadamente con Francis.

Isla, sentada junto a Hugh, intentaba controlar a los mellizos, quienes se perseguían entre las sillas, sus risas resonando en el aire. Samuel elevó la voz:

—¿Qué les parece si jugamos a las charadas?

Esto generó el entusiasmo de la mayoría, y los equipos comenzaron a formarse.

—Anne, cariño, tú estás conmigo—dijo Grayson, sujetándola por la cintura con una sonrisa divertida.

—No soy muy buena en esto, lo sabes—protestó.

—No importa. Tu sola presencia ya me garantiza la victoria—bromeó Grayson.

Samuel miró a Maude, sus ojos llenos de una chispa de desafío.

—¿Qué me dices, lady Maude? ¿Formamos equipo? —preguntó, ofreciendo su mano.

Maude arqueó una ceja, divertida.

—¿Y si soy pésima en esto? ¿No querrías cambiar de compañera después de la primera ronda? Sé que eres muy competitivo. Recuerdo que Olivia solía quejarse de ello—replicó.

Samuel sonrió, y su sonrisa denotaba confianza.

—Falacias. Era ella la que siempre quería ganarme, la muy tramposa—Hubo risas, y Francis rodó los ojos.

—Vamos, Samuel, en la memoria de varios están varios episodios de juegos en los que fuiste muy odioso.

—Como sea, reclamo a Maude para mi equipo. Intuyo que es buena en esto.

—Acepto, aunque no digas luego que no te advertí—respondió ella, sonriendo, satisfecha a la interna por sus palabras.

Conformados los equipos, se turnaron para interpretar y adivinar frases y títulos de libros. El ambiente estaba lleno de risas y burlas amistosas. Cuando fue el turno de Maude y Samuel, él se puso de pie, listo para interpretar.

—¡Tres palabras!—anunció Maude, tratando de descifrar los movimientos exagerados de Samuel.

Él gesticulaba con entusiasmo, representando algo que parecía una mezcla de un caballo y una galera, o un instrumento musical. No sabía. Maude, entre risas, intentaba mantener la concentración.

—¡Oh, lo tengo! —exclamó finalmente—. ¿Orgullo y prejuicio?

Samuel asintió, y hubo festejos del equipo. Mientras el próximo turno se organizaba, él vino a Maude mirándola con admiración.

—Sabía que lo harías bien. Bonita e inteligente, ¡que mezcla tan interesante! Soy muy bueno, pero tú tienes un talento especial para interpretar mis señales—dijo, inclinándose hacia ella, su voz más baja y confidencial.

—Y eres modesto, veo también—dijo ella, divertida.

Maude sintió que el calor subía a sus mejillas, y antes de que él pudiera responder, Nessa anunció el próximo turno, rompiendo el momento.

Para desazón de Samuel y risas de varios, su equipo perdió, y él concedió a regañadientes la victoria al equipo de Anne y Grayson. Mientras la reunión se disolvía, él aprovechó la oportunidad para invitar a Maude a un paseo por los jardines, donde la nieve brillaba bajo la luz de la luna.

—¿No está demasiado frío para esto?—preguntó Maude mientras ajustaba su capa de lana.

—Un poco de frío nunca ha hecho daño a nadie. Además, estoy seguro de que eres sana y fuerte—respondió Samuel, ofreciéndole su brazo.

Maude rio con suavidad y meneó su cabeza, aceptando la oferta.

—Está bien, vamos. Si debes traerme desmayada de frío, será tu responsabilidad.

—Oh, tengo la fuerza necesaria y la velocidad como para traerte rápido junto al fuego—dijo, con seguridad.

No lo dudo, pensó Maude, mirando de reojo la silueta bien formada y robusta de Samuel. Era un jinete consumado, practicaba esgrima y boxeo, todo eso había contado en las comidas compartidas ante preguntas curiosas.

Caminaron despacio, sus pies hundiéndose en la nieve. El aire era fresco y silencioso, excepto por el leve crujido bajo sus pasos. Samuel pareció más pensativo.

—¿Qué sucede? —preguntó Maude, rompiendo el silencio.

Samuel se detuvo, mirándola con seriedad.

—Estaba pensando en cómo Francis y sus amigos, sus familias, han estado siempre conmigo, dándome un lugar en su vida, entre su familia. Estoy muy agradecido por ello.

Maude lo observó con atención, percibiendo su seriedad, y vulnerabilidad que no había notado antes.

—Encajas entre ellos a la perfección, y se ve cuánto te quieren. Te lo dice una persona ajena al grupo, y por tanto con perspectiva.

Samuel sonrió, impresionado por su perspicacia.

—Pues somos dos que vamos bien con esta gente. Me alegro de haber venido aquí, y

de que tú también lo hicieras.

—También estoy encantada de estar aquí—respondió, pero no lo miró.

En lugar de eso, elevó sus ojos hacia el cielo estrellado, permitiendo que el momento hablara por ellos.

Caminaron de regreso a la casa unos minutos después, calados por la frialdad del aire nocturno, y el calor del salón les dio la bienvenida. La conexión que había surgido entre ellos durante el paseo era sutil, pero innegable.

CINCO.

Los aromas de especias, carnes asadas y pan recién horneado llenaban los pasillos, envolviendo a todos en un abrazo culinario imposible de ignorar.

La servidumbre iba y venía con bandejas, manteles y candelabros. En la gran cocina, y con un delantal blanco para proteger el elegante vestido burdeos, Anne observaba a la señora Norfolk dar instrucciones amables a las cocineras y ayudantes.

Su postura era relajada, pero sus ojos estaban atentos a cada movimiento. Maude entró en su búsqueda, y en su sonrisa se mezclaron el orgullo y el afecto.

—Anne, querida, has asumido este rol con una gracia que me deja sin palabras— dijo, acercándose a ella.

Anne se volvió hacia ella, sus mejillas sonrojándose por el cumplido.

—Solo intento estar a la altura de la familia. Quiero que esta Navidad sea especial para todos—respondió, con una mezcla de modestia y determinación.

Maude tomó su mano y la apretó.

—Ya lo es. ¡Me da tanto gusto estar aquí!

—Y a mí que vinieras.

—Ahora, es tiempo de salir de aquí. Grayson espera por ti en la biblioteca. Te llevo allí y de paso tomo un libro que quiero leer.

Conversaron acerca del pretendiente de Victoria mientras llegaban, y Anne rio cuando se enteró de que el pobre hombre estaba pasando las de Caín con los caprichos de la mayor de los Atholl.

Maude la dejó con su esposo y se llevó el libro que había elegido un rato antes, dirigiéndose a una pequeña salita que se usaba poco. Samuel entró un rato más tarde, sorprendiéndola mientras hojeaba el volumen de poesía.

—Me dijeron que aquí estarías—Maude lo miró y parpadeó, notando que había pasado el tiempo—. ¿No deberías estar preparándote para la cena?

Se inclinó sin recato para leer el título del libro, y Maude cerró el libro rápidamente, avergonzada.

—Estaba leyendo un poco… Para pasar el rato…

El tono defensivo sonó obvio, y se recriminó. ¿Y qué si leía poesía?

Samuel sonrió, notando su incomodidad.

—No pretendía interrumpir. No sabía que te gustaba la poesía.

Su tono era despreocupado, pero Maude estaba habituada a que Victoria y en menor medida Edward se mofaran de sus intereses, y por ello frunció el ceño y cruzó sus brazos sobre el pecho.

—Pues lo hago. ¿Algo para decir al respecto?

Samuel levantó las manos en un gesto de rendición, dándose cuenta de que había tocado un punto sensible.

—¡Por supuesto que no! Me parece admirable. Solo me sorprendió porque te he visto tan… práctica. Con los pies en la tierra—Hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas —. Creo que la poesía muestra una faceta tuya que no esperaba.

Maude no respondió de inmediato. En cambio, lo miró fijo, tratando de decidir si estaba siendo sincero o jugaba. finalmente, suspiró y dejó el libro sobre la mesa.

—Debería prepararme para la cena—dijo, evitando su mirada mientras se levantaba.

Antes de que pudiera salir, Samuel tomó su mano, deteniéndola con suavidad.

—Maude… lo siento si te hice sentir incómoda. No era mi intención. De verdad, admiro lo que sea que elijas leer o hacer.

Su tono era serio, y sus ojos reflejaban sinceridad. Ella asintió, su expresión suavizándose.

—Está bien. Tal vez reaccioné de más. Mis hermanos pueden ser muy tontos con eso, y me molesta. Pero… está bien, Samuel.

Ya en su habitación, decidió que vestiría algo bonito, que la hiciese sentir interesante, y cepilló su cabello hasta que brillaba. Se observó con cuidado y consideró que estaba bien.

Luego, se dirigió abajo. Se sorprendió al encontrar el comedor envuelto en una claridad impactante, iluminado por infinidad de velas, reflejándose en las copas de cristal y los cubiertos de plata.

El ambiente era festivo. La familia y los invitados tomaron asiento alrededor de la enorme mesa, intercambiando bromas y risas mientras se servían los platos.

Grayson observó el bullicio con una sonrisa tranquila. Cuando miró a su esposa, la encontró observando a Lydia, quien estaba entretenida intentando alcanzar una cereza de un plato cercano.

La cena avanzó con brindis y más risas. Samuel, sentado junto a Maude, aprovechó la oportunidad para inclinarse hacia ella.

—Luces muy hermosa esta noche—susurró, provocando un leve sonrojo en ella.

Maude negó con la cabeza, pero su sonrisa traicionó su aparente indiferencia.

—Gracias, Samuel. Tú también luces bastante presentable.

-¿Solo presentable?-fingió que lo hería, y llevó su mano al corazón-. Me lastimas. Me esforcé para estar arrebatador a tus ojos.

-Bien, si te tranquiliza, quitas el aliento.

-Eso está mejor, me hace justicia, creo yo.

Ella rio, y meneó la cabeza. Era divertido. Aunque, siendo franca, un poquito el aliento se le cortaba al verlo.

SEIS.

Un cielo gris claro y una fina capa de escarcha cubría los jardines. Los niños, liderados por Henry y los mellizos de Isla y Hugh, ya habían salido al jardín envueltos en abrigos y bufandas, sus risas resonando mientras intentaban construir un muñeco de nieve.

Desde una de las ventanas del salón, Anne observaba la escena con una sonrisa mientras sostenía a Lydia en brazos. La pequeña, fascinada por el movimiento fuera, agitaba sus manitas intentando alcanzar la fría ventana.

—Pronto será lo suficientemente mayor como para correr con ellos—comentó Grayson, que se acercó por detrás y rodeó a Anne con sus brazos, apoyando su barbilla en su hombro.

Anne dejó escapar una risita suave.

—Parece que fue ayer cuando nació, y ya tiene toda esa energía—Se giró para mirarlo, con una expresión tierna—. Esos momentos pasan demasiado rápido.

Grayson besó su mejilla antes de tomar a Lydia, levantándola en el aire y provocándole una risita de pura alegría.

—Bueno, ¿y qué hay de nosotros, duquesa?—preguntó con un tono de broma—. ¿Nos uniremos a los juegos o nos quedaremos aquí disfrutando de la chimenea?

Anne levantó una ceja, desafiante.

—¿Dudas de mi habilidad para una buena batalla de bolas de nieve?

Grayson sonrió, encantado.

—Jamás. Pero debo advertirte que soy un excelente estratega. Ganar no será sencillo.

—Veremos, su Gracia.

Anne alzó la barbilla con fingida altivez antes de salir con él y Lydia para unirse a los demás. Grayson meneó su cabeza, divertido.

En el jardín, los niños ya estaban divididos en bandos, con Henry liderando uno y los mellizos de Isla el otro. Samuel estaba ayudándoles a construir pequeñas fortificaciones de nieve, mientras Maude, apartada, observaba.

Cuando Anne y Grayson llegaron al campo de batalla, Henry levantó una mano con dramatismo.

—¡Uníos a nuestro bando! ¡Necesitamos refuerzos contra esos villanos! —gritó, señalando a los mellizos, quienes gritaron indignados.

Grayson soltó una carcajada, dejando a Lydia con Isla y preparándose para unirse al juego. Anne, por su parte, se alió con los mellizos, tomando una bola de nieve y lanzándola con precisión hacia Grayson, que apenas tuvo tiempo de esquivarla.

—¡Eso fue un ataque furtivo!—exclamó Grayson, riendo mientras formaba su propia munición.

El juego continuó con risas y gritos, todos participando en la diversión. Incluso Maude se vio arrastrada a la contienda cuando Samuel, con una sonrisa maliciosa, lanzó una bola de nieve en su dirección.

—¡Eso fue a propósito!—gritó ella, tomando su propia bola de nieve y persiguiéndolo por el jardín.

Samuel corrió, riendo, pero pronto se encontró atrapado entre Maude y un arbusto. Al darse cuenta de que no tenía escapatoria, alzó las manos en señal de rendición.

—Me rindo. Pero, por favor, sé misericordiosa, Maude.

Ella, con una sonrisa triunfante, lanzó la bola de nieve a su cara, y la fingida indignación dio paso a la risa de ambos, que resonó en el aire frío.

Sus miradas brillaban, cruzadas, y las carcajadas dieron paso a sonrisas más medidas y luego a un silencio breve, cortado por los gritos triunfantes de los mellizos proclamándose ganadores, para fastidio de Henry.

Más tarde, después de cambiarse por ropa seca, todos se reunieron en el salón principal. Los niños estaban agotados, tumbados en las alfombras con tazas de chocolate caliente en las manos, mientras los adultos charlaban y reían en los sofás.

Samuel y Maude estaban sentados cerca del fuego, uno al lado del otro, y más apartados del resto. Samuel tenía una copa de jerez en sus manos, y parecía reconcentrado. Hasta que rompió el silencio.

—Maude… ¿puedo hacerte una pregunta?

Ella, que estaba acariciando a uno de los perros de la casa con distracción, levantó la mirada.

—Por supuesto, Samuel. ¿Qué es?

Él tomó aire, como si necesitara reunir valor.

—¿Has pensado en tu futuro? ¿En lo que deseas para tu vida? ¿De verdad, más allá de lo que es esperable y normal?

Maude lo miró con curiosidad, sorprendida por la profundidad de la pregunta.

—Claro que sí. Muchas veces, en especial cuando me siento… Agobiada—suspiró —. Ser una mujer es… complicado. Tenemos que vernos bien, comportarnos, buscar un marido adecuado… No necesariamente el que uno quiera—susurró, y luego añadió, rápido—. No me malentiendas, no me quejo de mi vida. Sé bien que hay mujeres que sufren la pobreza, la violencia… Que apenas subsisten. Cuando pienso en eso, mis problemas no parecen nada. Soy una quejica que vive muy bien, con muchas opciones.

Samuel asintió lentamente, su mirada fija en la chimenea.

—Te entiendo, no te preocupes. Cada uno es su circunstancia.

—¿Y tú? ¿Qué quieres para tu futuro? ¿Has pensado mientras viajabas?

—Viajar fue una manera de conocerme, de desafiarme. Vivir bajo la tutela de los Worcester fue vital, pero también me protegió, y necesitaba comprobar que puedo hacer cosas por mí mismo. Después de tanto tiempo lejos, pensé que regresar a Inglaterra sería suficiente, pero… aún me siento como si estuviera buscando… No sé, algo más.

Maude lo observó en silencio, notando la vulnerabilidad detrás de su usual, o aparente, sonrisa despreocupada. Sin pensar, extendió una mano y la colocó sobre la suya.

—Estoy segura de que encontrarás sentido y dirección, pronto.

Él la miró, su expresión suavizándose, encontrando consuelo en sus palabras.

—Tu presencia es una sorpresa inesperada, y me gusta charlar contigo. Siento que me entiendes.

—Bueno, tengo experiencia en eso de dar vueltas pensando en lo que quiero y lo que no…—sonrió, y él asintió.

—Me alegra que podamos hablar así. Sería imposible en Londres. Entre las libretas de baile, las chaperonas, las miradas constantes sobre uno, es difícil poder conocer a alguien así, conectar.

Ella asintió, y pensó que tenía razón. Demasiada. Porque Maude sentía que entre ambos crecía algo más que camaradería, al menos de su lado. No estaba nada segura de lo que pasaba por la cabeza de Samuel.

Muy probablemente lo que decía de modo explícito, nada más: le gustaba hablar con Maude porque ella era una oreja disponible, tenían casi la misma edad y problemas similares.

SIETE.

Maude avanzó, guiada por las voces entusiastas y la charla en el salón. Al ingresar, se detuvo, sorprendida. Un gran abeto había sido acomodado en el centro, y su fragancia fresca llenaba el aire.

Alrededor, había cintas de satén rojas y doradas, finas velas, formas de madera pintadas emulando manzanas, instrumentos musicales y bolas de nieve. Anne daba indicaciones a dos criadas, que parecían confundidas, pero comenzaron a trabajar con diligencia.

—Coloquemos las cintas en algunas de las ramas, y vamos alternando. Que las velas queden un poco más separadas, por favor. No queremos riesgos con la cera caliente—indicó, mientras sujetaba a Lydia en un brazo y revisaba los arreglos.

Isla apareció entonces con una caja, que posó en el suelo, y Maude la vio sacar delicadas figuritas de cristal. Estaba contemplando la escena con confusión cuando sintió el aroma fresco a sándalo y almizcle.

—¿Qué está pasando aquí?—dijo Samuel, a su lado, y Maude respingó.

No le había oído llegar, sorprendida como estaba, pero reconoció su fragancia antes de verlo. Entonces se percató de que estaba demasiado pendiente de este hombre.

—Yo…—parpadeó, pero se recompuso—. En verdad no tengo idea. ¿Habías visto esto antes?

—Para nada—se adelantó, y ella le siguió—. ¿Qué es esto, Anne? ¿Estás inventando un nuevo juego para los niños? Esos bonitos adornos no van a durar.

Anne sonrió, acomodando un mechón de cabello rebelde de su hija.

—Es una tradición de la que me enteré la pasada semana al visitar a una familia de alemanes que viven en el pueblo. Son luteranos. Ellos decoran abetos con velas, frutas y dulces. Las velas en los árboles simbolizan el cielo estrellado. ¡Me pareció encantador! Por eso…-sus dos manos apuntaron al árbol.

—Oh, bien. Es raro… O no… Distinto.

-Distinto es bueno-dijo Maude-. Seguro que viste mucho de eso en tus viajes.

-Sí, cada pueblo tiene sus creencias, algunas bizarras—dijo Samuel, y luego se encogió de hombros—. Esta es bonita.

—Muy bonita—enfatizó Maude, acercándose a los niños, que se empujaban, entusiastas por alcanzar las figuritas—. A ver, les ayudo. Va a ser algo digno de verse, y seguro que único. Tal vez inauguren una tendencia.

—Oh, podría ser—sonrió Anne—. Niños, con cuidado, no queremos romper nada. Ayuden con las formas de madera.

La decoración del árbol se convirtió en un evento lleno de risas y colaboración. Los

niños corrían alrededor, emocionados por participar, mientras los adultos trabajaban juntos para asegurarse de que quedara perfecto.

Samuel, que estaba ayudando a Maude a colocar una cinta dorada en una de las ramas más altas, sonrió.

—Es un árbol impresionante —comentó, su mirada desviándose hacia ella.

Maude, concentrada en su tarea, asintió.

—¿Verdad que sí? Sí que es una tradición interesante.

—Me gusta que aceptas los cambios con interés, eres curiosa. Metódica, además. Es difícil no notar el detalle con el que colocas cada adorno—añadió él, inclinándose un poco para observar su expresión—. Todas cualidades muy interesantes. Diría que estás lista para hacer muy feliz a un caballero.

Maude lo miró de reojo, detectando el tono juguetón en su voz.

—¿Siempre eres tan zalamero, Samuel? No me convencen con halagos nada más.

—Solo cuando estoy impresionado, y me encanta una dama rebelde—respondió él con una sonrisa—. Hace las cosas mucho más interesantes.

El rubor que se extendió por las mejillas de Maude fue suficiente para que Samuel se sintiera satisfecho. Pero antes de que pudiera decir algo más, Henry, con una gran estrella dorada en las manos, se acercó corriendo.

—¡Quiero poner esto en la cima!

Grayson, que había estado observando desde un lado, se adelantó y levantó al pequeño en el aire, ayudándole a colocar la estrella en la cúspide del árbol.

Cuando estuvo en su lugar, todos se alejaron unos pasos para admirar el resultado.

—¡Es perfecto!—declaró Isla, que abrazó a sus hijos, y Hugh se unió a ellos—. Este árbol es como un símbolo de lo que somos: diferentes, pero trabajando juntos para algo hermoso.

Esa noche, después de la cena, se reunieron alrededor del árbol, y con maravilla observaron mientras las velas lo iluminaban. Los Ahhh y Ohh se sucedieron, y no eran solo de los niños: los adultos estaban asombrados, y parecía que la magia invadía el ambiente.

Una banda de tres músicos que habían sido contratados para tocar comenzó a interpretar un vals, y Grayson fue el primero en moverse, acercándose a Anne para tomarla de la mano y comenzar a girar. Las otras parejas no demoraron en seguirlos.

Desde un rincón del salón, Samuel observaba en silencio. Su rostro demostraba que estaba muy concentrado, y Maude, que le miraba, no pudo evitar acercarse para preguntarle, con curiosidad:

—¿Qué te tiene tan pensativo?

Él se giró hacia ella, sonriendo.

—Estaba pensando que es maravilloso que estos tres hayan conseguido formar

familias tan puras. No hay nada de artificio en ellos, y el amor que se tienen… Envidio eso, de la manera más sana…

—No sabía que había un romántico debajo de esa capa de divertido desinterés—dijo ella, entre sorprendida y conmovida.

—No confundas mi natural tendencia a divertirme con indiferencia, Maude. A veces uso eso como fachada, pero no con quienes me interesan.

Maude, confusa pero intrigada, no dijo nada más. Pero cuando Samuel extendió una mano hacia ella para invitarla a bailar, la aceptó encantada. Y mientras danzaba y sonreía, mirando los ojos oscuros que la interpelaban, en silencio, una vocecita susurraba que este hombre la tenía más cautivada de lo que era conveniente.

Era factible que él volviera a viajar, sediento de conocer el mundo. Y habría conocido mujeres mucho más interesantes que ella. Además, si por algún milagro él decidiera expresar su interés en cortejarla, su padre estaría muy poco impresionado.

Percy Murray, el conde de Atholl, tenía altas expectativas para ella. Su madre sería más contemplativa, por supuesto, porque Brodie Campbell era más cálida, y entendía de amor.

¿Amor, Maude? ¿Estás perdiendo la razón? Espabila, querida, viniste aquí para celebrar la Navidad con tu hermana, no para enamorarte sin remedio.

Fue entonces que entendió lo importante que eran las lecciones de etiqueta que solía detestar, así como los consejos que su madre solía repetir: *sonrían, no dejen que vean lo que están sintiendo, en especial si es inapropiado o inconveniente, mis queridas. La procesión va por dentro, y la vertimos en los que confiamos.*

Así que sonrió, y fingió que él era un compañero de baile más, y que estaba todo más que bien.

Luego de un rato, pudo extraerse del estado de ánimo melancólico y de verdad disfrutó de la noche, lo que fue un alivio, porque realmente estaba entre gente que quería.

Sus primas, sus hijos, y su hermana, Anne… Había corrido agua bajo el puente, y agradecía no sentirse culpable por querer a esta como una. Siempre había tenido un cariño muy especial para ella, y recibía lo mismo.

Cuando se enteró de que su padre había tenido una amante y de esa unión surgió Anne, había estado confundida. Su hermana Victoria había estado furiosa, su madre triste porque los rumores eran horribles, inclementes. Su padre había usado una máscara de hielo, y les prohibió acercarse a Anne en las galas.

Esta se había ido de la casa, a instancias de Victoria, supo después. Maude se había sentido sola, porque Margueritte, su otra hermana, estaba casada y vivía lejos.

Edward, el mayor, era su confidente y pensaba como ella, pero los hombres sentían y expresaban diferente.

Cuando Grayson y Anne se comprometieron, sobrellevaron circunstancias difíciles, pero la sociedad comenzó a tolerar a Anne. Hipócritas todos, consideraba Maude, porque su hermana era la misma antes y ahora.

Una mujer dulce, educada, gentil, talentosísima, y adorable, a la que hicieron sufrir. Con esta aceptación, empero, vino el aflojamiento de las riendas que Atholl tenía sobre Maude, y su madre hizo las paces con el pasado, y con Anne.

Entonces, por fin, Maude había sido libre para volver a ver y socializar con Anne, la duquesa de Bristolbridge. Y no se privaba de hacerlo. Por eso aceptó venir esta Navidad.

Había hecho bien, pensó, sonriendo, feliz al ver a todos felices y en armonía.

OCHO.

La mañana siguiente vio a la mayoría despertar sin prisa. La servidumbre ya había encendido las chimeneas, y el aroma del pan recién horneado flotaba por los pasillos. Los niños mayores aun dormían, y los adultos disfrutaban del desayuno en el cálido comedor.

Anne, sentada al lado de Grayson, miraba a Lydia, quien balbuceaba emocionada mientras Nessa trataba de entretenerla con una cucharilla de plata.

—Parece que alguien está llena de energía esta mañana—comentó Nessa, riendo.

—Tiene la vitalidad de su padre—respondió Anne, con una sonrisa tranquila mientras miraba de reojo a Grayson.

Él alzó una ceja, fingiendo indignación.

—¿Y qué hay de su madre? Estoy seguro de que Lydia ha heredado algo de esa tenacidad tuya.

La risa de Anne iluminó el ambiente, atrayendo la atención de Francis, quien estaba entretenido con un croissant.

—No os preocupéis—intervino el duque de Worcester—. Lydia será una mezcla de lo mejor de ambos. Aunque esperemos que no herede la testarudez de su padre.

Antes de que pudieran continuar con la conversación, el mayordomo apareció en la puerta.

—Disculpe, su Gracia. Hay alguien en la entrada que solicita ser recibido.

Grayson frunció el ceño, dejando la servilleta sobre la mesa.

—¿Quién es?

—Es… el doctor August Fairchild, Excelencia. Viene desde Londres, y pide hablar con usted y con su Gracia, el señor Worcester.

La mención del nombre hizo que los murmullos se apagasen en la mesa, y hubo ceños fruncidos y gestos de desconcierto.

Grayson se levantó para atender la visita, y Francis fue con él. Anne les siguió con la mirada, sintiendo un leve nudo de inquietud en el estómago.

—Extraño tiempo para que un abogado viaje desde Londres a las heladas tierras galesas—dijo Samuel, mordiendo un pan con fruición, y Anne no se perdió la manera en que Maude le miraba.

Mm, tendría que hablar con ella para ver qué estaba pasando entre esos dos. No era la primera vez que veía que sus miradas se cruzaban y se demoraban, o que se distanciaban para conversar con animación.

No sabía qué pensar al respecto, pero tampoco planeaba mantenerse al margen. Su hermana tendría un oído atento y cariñoso en ella, si decidía confiar.

En el estudio, Grayson se encontró cara a cara con el doctor Fairchild, un hombre de mediana edad cuyo rostro marcaba la fatiga del viaje.

—¿Qué lo trae hasta Gales, doctor?—preguntó Grayson, invitándole a tomar asiento.

El hombre vaciló un momento antes de hablar, su tono bajo y grave.

—Lamento interrumpir de este modo en una época tan impropia, su Gracia, pero hay algo que deben saber. Se trata del conde de Blowtown.

Grayson se apoyó en el escritorio, cruzando los brazos, pero Francis se puso serio.

—¿Qué ocurre?—preguntó.

—El conde está muy enfermo, y ha solicitado que se convoque a su heredero inmediato—El doctor hizo una pausa, estudiando la reacción de ambos—. Samuel.

La noticia golpeó con fuerza. Grayson sabía que el título del conde era una responsabilidad que Samuel no había buscado, pero que recaería inevitablemente sobre sus hombros, algo que Francis le había contado más de una vez, preocupado.

—¿Samuel sabe esto? —preguntó Francis, con un deje de preocupación en su voz.

El doctor negó con la cabeza.

—No. El estado del conde era estable, pero declinó con rapidez. Ellos no han estado en contacto. Fui a su mansión, Excelencia, sé que él es su protegido—se dirigió a Francis—. Su mayordomo me informó de su partida y decidí venir en persona a informarle. Pensé que podría preparar el terreno. La relación entre ambos es complicada… Hace años que el conde no sabe de él.

Francis asintió, muy serio, pensativo, y Grayson se sentó. La delicadeza del doctor era de agradecer en un asunto tan complicado.

—Samuel está aquí. Hablaremos con él después del desayuno, y usted podría verle, si gusta. Gracias por venir tan lejos para informarnos, doctor.

El hombre hizo una ligera inclinación de cabeza.

—Es mi deber. Traje documentos, libros con los números… El conde ha decaído con los años y no siempre fue bien asesorado. Usted sabe cómo es, los cuervos se aglomeran alrededor de aquellos con posición y dinero, y sin familia cercana.

—Él la tiene, pero eligió ser obstinado y dictatorial con Samuel—dijo Francis, muy compuesto—. Cuando sus padres murieron, lo trató mal, lo alejó. Por ello creció en mi casa.

—Lo sé, Excelencia. Pero en su lecho de muerte, el nombre Samuel es el que pronuncia. Es necesario que estén preparados para el desenlace.

—Hablaré con él, lo ayudaré.

—Puede usted dejar los papeles aquí, estarán seguros—dijo Grayson—. Y puede usar este sitio para reunirse con él cuando Samuel esté listo.

—Gracias, Excelencia.

Cuando el hombre se retiró, siguiendo al mayordomo, Francis suspiró con ruido.

—No sería nuestra vida si no surgiera alguna complicación—gruñó.

—Esto tiene fácil solución. Muerte de uno, vida de otro. El conde es muy anciano, y Samuel está listo, lo has visto. Ha madurado.

—Espero que sí.

Cuando Grayson regresó al comedor, siguiendo a Francis, sus ojos se encontraron con los de Anne, quien lo miraba con curiosidad y preocupación.

Le hizo un gesto de calma, sonriendo, sabedor de que ella se inquietaba cuando surgían asuntos inesperados, y la vio relajarse.

Su mirada fue a Francis, que estaba junto a Samuel, pero no hablaron hasta que el desayuno terminó y las mujeres se dirigieron a la salita de juegos con el rebaño de niños alrededor.

Samuel estaba bostezando y observando alrededor, considerando si invitar a Maude a una caminata matutina, cuando Francis le habló con tono urgido:

—Necesito hablar contigo en privado. Es importante.

Alzó una ceja, sorprendido, pero asintió. No era común ver a Francis preocupado, pero ese le pareció que era su estado.

Más tarde, en el estudio, Samuel escuchó en silencio mientras Grayson le explicaba la situación.

Su ánimo, por lo general variando entre el entusiasmo, la curiosidad y el contento, se oscureció mientras procesaba la información.

—No sabía que estuviera tan grave—murmuró Samuel, mirando sus manos—. Siempre supe que este día llegaría, pero… no lo había pensado, por años. Sabes que nunca tuvimos buena relación—suspiró, y Francis asintió—. Es un hombre… difícil. Tal vez debí tener más paciencia, estar más cerca…

—Es un hombre muy porfiado y te alejó con sus actitudes. No te culpes, Samuel.

Francis le puso una mano en el hombro, con firmeza y calidez. Samuel agradeció haber tenido a un referente y un amigo en él.

—No sé qué hacer… Supongo que deberé viajar, pero…

—No tienes que enfrentarlo solo. Estoy aquí, Grayson, Hugh… Todos podemos darte consejos, y cuando heredes, estaremos para ti. Los asuntos económicos, todo lo relativo a tus responsabilidades podrá parecer inabarcable, pero tendrás ayuda.

Samuel dejó escapar una leve sonrisa, aliviado por el apoyo.

—Gracias, Francis—Hizo una pausa antes de continuar—. ¿Crees que estoy listo?

Francis lo miró a los ojos.

—Nunca estamos completamente listos, Samuel. Pero lo que importa es cómo respondemos. Y yo sé que estarás a la altura.

NUEVE.

La noche se había asentado con suavidad, y el cielo galés tachonado de estrellas parecía un manto de terciopelo negro que envolvía el paisaje. Samuel estaba recostado en un banco del jardín, entre la arboleda, pensando.

Había pasado horas en solitario luego de la charla con Francis y la reunión con el abogado que había traído la novedad. Le había mostrado papeles, explicado la situación en detalle… Se sentía extraño.

La perspectiva de un cambio tan radical en su vida lo acuciaba. Sí, ganaría un título, dinero, pero también obligaciones y responsabilidades que no sabía si podía, o quería aceptar.

No seas cobarde, Samuel. Has pasado varios años corriendo, no puedes hacerlo más. No hay nada fuera de Inglaterra que sea tuyo, ni que quieras. Es hora de aceptar tu destino.

No sabía por qué se cuestionaba tanto. Tenía la convicción de que Francis y sus amigos estarían para apoyarlo, y no sería el primer hombre joven que heredaba un título.

Hay muchísimos hombres en el país que tienen problemas reales, Sam, despierta. Pensar en esto le recordó a Maude. Ella había dicho algo similar sobre su situación.

Tenía razón: los de ambos no eran problemas reales, de sobrevivencia. ¿Por qué les estaba dando tanta entidad? El conde había sido mezquino y frio con él, crudo, cuando Samuel necesitaba consuelo.

Era un niño herido, huérfano por un terrible accidente en Bengala que le arrebató a sus padres. El que era su tutor no tuvo un atisbo de piedad, le trató con desdén y frialdad. Fue lógico que se inclinara por vivir con los Worcester.

El alejamiento fue natural. No había abandonado al conde a su suerte. Y heredarlo era algo natural, considerando su parentesco. Sobredimensionaba las cosas.

¿Qué hacía aquí, al frío, en la oscuridad, cuando podía estar disfrutando del cálido ambiente generado por la enorme chimenea de los Bristolbridge, bebiendo un jerez y observando el hermoso rostro de Maude Atholl?

Con decisión, se incorporó y sacudió la ropa, y se estremeció. No había sido consciente de lo aterido que estaba. Se movió con brío, y caminó con más y más firmeza, corriendo por un centenar de metros para ganar calor.

El alivio que sintió al ingresar a la casa fue grande, y sus pasos lo llevaron al salón, aunque se topó con Maude antes de entrar.

—Oh, aquí estás. Iba en tu búsqueda—dijo ella, y le observó de pies a cabeza. Extendió una mano y tocó su ropa, y exclamó:—. ¡Estás tan frio!

—Es lo que pasa cuando te sientas en un jardín en el invierno y estás como un tonto

por horas.

Ella parpadeó, y su mirada se hizo menos intensa, suspirando.

—Ven, acompáñame. Debe haber un lindo fuego en la salita, y podremos hablar. Intuyo que lo necesitas.

Maude había estado preocupada por él por un par de horas. Había escuchado algunos retazos de las conversaciones entre Francis y Nessa, y Grayson y Anne. No tenía la información completa, pero sí sabía que el abogado que vino traía malas noticias para Samuel.

Su desaparición confirmaba esto. Había estado ansiosa, incapaz de concentrarse en las conversaciones o leer, aunque fingió hacerlo para que su inquietud no fuera obvia. Finalmente, había desistido, se excusó y salió en su búsqueda.

Encontrarlo en la casa fue un alivio, pero estaba aterido, mojado, y por instinto le llevó a un lugar cálido y pequeño, donde solo estuvieran los dos. Quería saber qué le ocurría, ayudarle.

Maude se sentó a su lado, y esperó. Miró de reojo a Samuel, notando la tensión en su mandíbula y la forma en que sus manos estaban apretadas sobre sus rodillas.

—Estás muy preocupado—comentó con suavidad.

Samuel soltó un suspiro, sus ojos fijos en un punto en el fuego.

—Recibí noticias esta mañana. El conde de Blowtown está gravemente enfermo. Muriendo—Hizo una pausa antes de continuar—. Me han dicho que debo prepararme para asumir el título.

Maude lo miró, sus ojos llenos de comprensión.

—Oh, no tenía idea. Lo lamento.

Sí, era una sorpresa, pero ella solía ser esa distraída joven de la temporada que nunca sabía los títulos de los hombres del entorno, después de todo.

A diferencia de su hermana Victoria, por ejemplo, que parecía tener el árbol genealógico de cada hombre importante en la cabeza.

—Pues sí, soy su pariente más cercano.

—Eso debe ser abrumador para ti.

—Es más que abrumador, Maude—Se pasó una mano por el cabello, despeinándolo aún más—. No me siento listo para esto. Todo lo que sé sobre administración, sobre liderazgo… lo aprendí observando a Francis. Pero no sé si soy capaz de llenar los zapatos de mi tío.

—Samuel—dijo ella con firmeza, girándose hacia él—. He visto cómo interactúas con los demás, cómo siempre estás dispuesto a ayudar, a escuchar. Eres mucho más capaz de lo que te das cuenta.

Él la miró, sorprendido por la convicción en sus palabras.

—¿De verdad lo crees?

—Lo creo—Maude esbozó una pequeña sonrisa—. Y no solo porque seas brillante. También porque tienes un corazón bueno, y eso es lo que importa de verdad.

El silencio que siguió fue cómodo, cálido. Samuel se relajó, inclinándose hacia atrás, y observó el fuego por unos instantes más. Luego, se volvió para mirarla, con intensidad que la puso nerviosa.

—Haces que me sienta mejor. Me gusta escucharte, y me complace tu confianza en mí. La aprecio, mucho.

—Es lo que pienso.

Lo que las palabras de Samuel le hacían sentir era fuerte, desconocido, y le agradaba ser su confidente.

—¿Sabes? Cuando era niño, solía imaginarme explorando el mundo, descubriendo nuevas especies, dibujando mapas—Dejó escapar una leve risa—. Nunca pensé que mi vida acabaría en un despacho.

Maude también miró al fuego, su voz suave.

—Quizá puedas hacer ambas cosas. Ser conde no significa que tengas que renunciar a lo que amas. Quizá incluso puedas usar tu posición para hacer algo diferente, que te apasione.

Samuel la observó, sus ojos oscuros brillando con nueva intensidad nueva.

—¿Siempre eres así de sabia?

Maude se rio, un sonido ligero que llenó el aire frío.

—No, solo cuando la situación lo requiere.

La mirada de Samuel se suavizó y extendió una mano, que se posó sobre la de Maude, apretándola. El calor del contacto hizo que ella se estremeciera, pero no apartó la mano.

—Gracias, Maude. Me reconforta tu optimismo.

Ella bajó la mirada hacia sus manos entrelazadas, una leve sonrisa asomando en sus labios.

—Puedes contar conmigo, Samuel. Para lo que necesites.

Por un momento, ninguno de los dos dijo nada. El mundo parecía haberse reducido a ese pequeño rincón de la casa, al calor del fuego.

El silencio que siguió fue natural, no invasivo ni molesto. En Maude se mezclaban las sensaciones y las ideas.

Entre ellas, decepción, y la convicción de que si la atracción que sentía por Samuel tenía poco futuro antes, con esta novedad se volvía imposible.

Él tenía desafíos importantes adelante, y habría una larga fila de interesadas en el nuevo, joven y muy guapo conde de Blowtown.

—Vamos con los demás. No logro nada con preocuparme de antemano, y no quiero

agriarte el día.

—No lo haces.

Cuando Maude y Samuel regresaron al salón, la atmósfera estaba más relajada. Los niños ya habían sido enviados a la cama, y los adultos disfrutaban de una última copa antes de retirarse.

Anne, que estaba sentada junto a Grayson, les lanzó una mirada curiosa cuando entraron juntos. Samuel, notando la atención, le guiñó un ojo antes de dirigirse hacia Francis, dejando a Maude para que se uniera a las mujeres.

—¿Todo bien?—preguntó Anne, mientras Maude se sentaba a su lado.

—Sí, sí. Estaba hablando con Samuel—respondió ella con naturalidad, pero la leve sonrisa en su rostro no pasó desapercibida para Anne.

—Maude, ¿algo que quieras decirme?

Se sonrojó.

—No es nada, Anne. Él es agradable, pensamos parecido, y somos los únicos solteros. Sabe Dios que es difícil transitar entre tres parejas tan enamoradas. ¡Debería darles vergüenza, comer pan delante de los pobre!—bromeó.

—Mi querida Maude, creo que no eres consciente del modo que te mira.

Se encogió de hombros, quitando importancia al comentario. No quería dar entidad a esas palabras, no quería falsas expectativas.

—Buenas noches, Anne. Primas, caballeros, que descansen.

—Que duermas muy bien, Maude. Espero que tus sueños no estén asolados por la Bruja del Rhibyn-dijo Samuel.

Ella se estremeció. Samuel había hecho este relato la noche anterior junto al fuego, y ella había estado muy asustada. ¿Quién no?

La idea de una vieja bruja con alas membranosas, garras y una cara deformada que volaba y lanzaba lamentos horripilantes causaría pavor entre los menos impresionables, así le había dicho con énfasis cuando él rio de su rostro asustado.

—¿Por qué traerías esa imagen a mi cabeza?—se quejó—. ¿Quieres que no duerma?

—Si hay peligro, grita fuerte—le dijo, guiñando un ojo—. Seré tu caballero de brillante armadura.

Ella resopló y fingió que no le importaba, pero en su pecho, la idea Samuel corriendo a salvarla era… interesante.

Un absurdo, una fantasía boba, se azuzó mientras subía la escalera, y cuando casi corría por el pasillo desierto, asustada por un cuento viejo.

DIEZ.

En la biblioteca, Samuel estaba junto a Francis, que le ayudaba a revisar las cifras económicas del condado Blowtown. Samuel no lograba concentrarse, distraído, tamborileando los dedos sobre la mesa, su mente yendo a otro lugar.

Francis lo notó y dejó la lista a un lado.

—De acuerdo, Samuel, ¿qué está pasando? Estás en las nubes desde anoche.

Samuel se inclinó hacia atrás en la silla, frotándose la nuca con una mano.

—No sé de qué hablas—respondió, pero el rubor en sus mejillas lo delataba.

Francis arqueó una ceja, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Vamos, primo. Te conozco demasiado bien. ¿Tiene algo que ver con cierta joven Atholl?

Samuel dejó escapar un suspiro y se encogió de hombros.

—Maude es… especial. Tiene una forma de ver el mundo que me fascina. Y anoche, cuando hablamos, sentí… no sé, como si por fin alguien, además de tu familia, me entendiera.

Francis lo miró con seriedad.

—¿Y eso te gusta, te inquieta?

—No es eso—admitió Samuel, bajando la mirada—. Es solo que no quiero precipitarme. Una relación puede ser tanto una bendición como una carga, si uno se equivoca al elegir, y no quiero cometer errores.

Francis asintió con lentitud.

—Es sensato ser cauteloso, pero no te cierres a lo que sientes. A veces, lo que más tememos es exactamente lo que necesitamos.

Samuel lo miró, sorprendido por la sabiduría en sus palabras.

—Gracias, Francis. Creo que necesitaba oír eso.

Mientras tanto, Maude estaba en el gran salón junto a Isla y Nessa, que leían una carta de su hermano Jhon.

Las novedades desde Escocia eran buenas: el antiguo soldado, que había tenido tantas dificultades al volver de las guerras napoleónicas, había superado sus heridas, y les anunciaba su compromiso con una joven de un clan vecino.

Todas se emocionaron mucho, y hubo algunas lágrimas de felicidad. Maude sonreía, alegre por ellas, y por su primo, que era un hombre formidable, y merecía la felicidad que sus frases trasuntaban.

—Noticias tan maravillosas—suspiró Isla, y la miró, sonriendo—. Todo estará completo cuando cierta prima mía tenga su romance, y me parece que eso puede estar a la vuelta de algún rincón de esta casa solariega.

El rubor que subió a las mejillas de Maude provocó las risas de sus dos primas, y Maude suspiró.

—No sé de qué habláis—respondió con un tono que pretendía ser casual, pero que no logró ocultar su nerviosismo.

Nessa intercambió una mirada significativa con Isla antes de sonreír.

—No diré nada más, pero estoy deseando ver cómo se desarrolla esta Navidad.

Horas más tarde, mientras los invitados comenzaban a reunirse en el gran salón para disfrutar de las festividades, Samuel se encontró cara a cara con Maude junto a la puerta.

Ella estaba tratando de colocar una ramita de muérdago sobre el marco, elevada sobre la punta de sus pies. Se detuvo al verla, observando con aprecio su figura bonita enfundada en el vestido de lana azul que resaltaba su piel y sus ojos.

—¿Te importa si te ayudo? —preguntó.

Maude lo miró por encima del hombro, su sonrisa iluminando su rostro.

—Por favor. Creo que está un poco torcido.

Samuel se inclinó, acercándose a ella para ajustar la ramita con cuidado. Aspiró la fragancia a lavanda y cítricos que la envolvía, y cerró sus ojos brevemente, para luego bajarlos y mirarla.

Sus miradas se encontraron, y por un momento, el bullicio de la sala pareció desvanecerse.

—Gracias por lo que dijiste anoche—dijo Samuel en voz baja—. Me ayudaste más de lo que imaginas.

—No fue nada —respondió Maude, aunque sus ojos reflejaban la calidez de sus palabras—. Todos necesitamos un poco de apoyo de vez en cuando.

Samuel sonrió, y sin pensarlo, extendió una mano para tomar la suya.

—Maude, esta Navidad es especial, y tú eres una de las razones.

Maude abrió la boca para responder, pero antes de que pudiera decir algo, una voz alegre interrumpió el momento.

—¡Ah, el muérdago! ¡No podéis escapar de la tradición!—exclamó Isla, riendo mientras señalaba hacia arriba.

Samuel y Maude miraron hacia la planta que colgaba, como si les desafiara, y luego se miraron el uno al otro, ambos sonrojados pero sonrientes. Sin perder la compostura, él se inclinó y depositó un beso en la mejilla de Maude.

La cercanía de esos labios rosa lo llamaba, y le dio ideas para otra oportunidad, a solas. Había bastante muérdago en la mansión, pero se aseguraría de colgarlo en cada rincón y vano donde escaseara, se prometió.

—Bendito muérdago—susurró.

ONCE.

Las primeras luces del sol iluminaron las colinas, creando un cuadro que parecía extraído de un sueño. Samuel, vestido con un abrigo oscuro y guantes de piel, estaba en los establos preparando uno de los caballos para un paseo.

Su mente iba y venía con pensamientos variados, pero Maude era el origen de la mayoría de estos. Ella, su sonrisa, su comprensiva forma de hablarle y aconsejarle, el calor que había sentido al besar su mejilla la noche anterior.

—¿Vas a montar solo?—preguntó una voz detrás de él.

Se giró, ya sonriendo, porque la propietaria era Maude, envuelta en un abrigo de lana verde y con las mejillas enrojecidas por el frío. Algunos mechones finos de cabello escapaban de su sombrero.

—Estaba pensando en explorar los alrededores—respondió Samuel, sonriendo—. ¿Te gustaría acompañarme?

Maude dudó por un momento, pero luego asintió, una chispa de emoción brillando en sus ojos.

—No puedo rechazar una oportunidad así.

—¡Perfecto!

Pidió al empleado que trajera un caballo manso y lo ensilló para ella. Lo sorprendió la agilidad con la que montó y se colocó con experta habilidad sobre la grupa.

—Muy impresionante, ¿cómo es que montas así?

Las damas londinenses solían hacerlo de lado.

—Pasé mi infancia en Escocia, y Edward, mi hermano, fue muy consistente en sus enseñanzas.

El sonido de los cascos resonaba en el sendero helado mientras ambos cabalgaban lado a lado, el aliento de los caballos formando nubes blancas en el aire frío.

El silencio entre ellos era de contemplación, roto por las observaciones ocasionales de Samuel sobre la geografía de los alrededores y las preguntas curiosas de Maude sobre su tiempo en la India.

—¿Cómo fue?—preguntó ella, su voz suave mientras miraba el horizonte—. Debe de ser un lugar muy diferente a este.

Samuel asintió, su mirada perdiéndose en los recuerdos.

—Bengala tiene una belleza salvaje, una riqueza de colores y sonidos que no puedes imaginar hasta que estás allí. Pero también es un lugar de contrastes, de desafíos… y de lecciones. Aprendí mucho sobre mí mismo, sobre lo que quiero en la vida.

Maude giró hacia él, intrigada.

—¿Y qué quieres, Samuel?

La pregunta lo tomó por sorpresa, pero no apartó la mirada. En cambio, permitió que sus pensamientos se ordenaran antes de responder.

—Quiero algo que no he tenido desde muy pequeño: un hogar que pueda llamar mío. No solo un lugar físico, sino un sentimiento, una conexión que me haga sentir que pertenezco. Y, para ser honesto…—vaciló por un momento, pero luego continuó—. Desde que llegué, siento que podría encontrarlo.

Maude se quedó en silencio, pero Samuel notó que llevaba su mano a su rostro, sonrojado. Entonces, tiró suavemente de las riendas, deteniendo su caballo en la cima de una colina.

Ella hizo lo mismo, y ambos miraron hacia abajo, donde la casa solariega se alzaba imponente contra el paisaje invernal.

—Es un lugar hermoso—comentó Samuel, su voz más baja—. Pero lo que lo hace especial no es la vista, sino la gente que está dentro. Tú incluida.

La mirada que le dio lo satisfizo. ¡Era tan transparente en sus expresiones! Y él caía minuto a minuto subyugado por estas, encantado de su compañía.

—Samuel…—empezó, pero él la interrumpió, alzando una mano.

—Solo quiero que sepas que me gusta estar contigo, mucho. Me haces bien, y eso es mucho. Que seas tan bonita ayuda también—rio fuerte, y la carcajada que sonó en el aire se escuchó despreocupada, como si la compañía quitara el peso de sus hombros.

Maude sonrió, sus ojos brillando.

—Gracias, y tú no estás tan mal.

El regreso fue lento, disfrutando de la mutua presencia. Samuel entendía que sus palabras habían establecido un nuevo estatus entre ambos.

Pero estaba bien, porque Maude se le metía bajo la piel con cada día que pasaba, con cada conversación.

Cuando arribaron, vieron a Anne en el invernadero, regando la delicada selección de plantas mientras la pequeña Lydia estaba en el piso, con una flor a la que ya faltaban algunos pétalos.

Anne levantó la vista cuando los vio entrar, una sonrisa amable iluminando su rostro.

—¿Un paseo?—preguntó, dejando la regadera a un lado y limpiándose las manos en el delantal que llevaba sobre su vestido.

—Sí, fue una linda cabalgata—respondió Maude.

Samuel hizo una reverencia ligera.

—En verdad, es un lugar precioso. Gracias por la hospitalidad, Anne. Este lugar es

especial.

—Gracias a ti por acompañarnos, Samuel. Es un placer tenerte aquí —respondió Anne, su tono cálido—. Espero que encuentres lo que necesitas. Algo me dice que sí.

—Oh, en eso trabajo—contestó él.

¿Qué se traían estos dos, querían que muriera de vergüenza? Maude miró a Anne con su boca semi abierta, roja como la grana. Anne se dio la vuelta, pero alcanzó a ver que se tapaba la boca con una mano. ¡Se reía de ella y sus nervios!

Cuando Samuel se retiró para atender algunos asuntos con Francis, Maude se quedó con Anne, ayudándola a cortar algunas flores.

—¿De verdad, Anne?

—Oh, querida, no pasa nada. Es obvio que ese hombre sabe lo que quiere, y eres tú.

—Exageras… Aunque… Me dijo que soy bonita y le gusta mi compañía—susurró, necesitando que alguien le dijera que eso era importante, que no era solo charla de amigos.

—Por supuesto, Samuel es inteligente y aprecia lo bueno cuando lo ve. Tú, Mau Mau, eres preciosa, y perfecta para él.

Se quedó en silencio un momento, pensativa.

—¿Cómo supiste que Grayson era el indicado?—preguntó de repente, su voz baja.

Anne hizo una pausa, pensativa, antes de responder.

—No fue algo que supiera. Fue algo que sentí, y creció día a día. Grayson me mostró quién era, no solo con palabras, sino con acciones. Me demostró que podía confiar en él, que sería mi refugio. Y creo que eso es lo más importante: encontrar a alguien que sea tu hogar.

Maude asintió, sus pensamientos regresando a Samuel. Eso había dicho él que quería: un hogar. ¿Lo querría con ella, más allá de frases del momento?

DOCE.

Las mesas estaban vestidas con manteles de lino blanco y adornadas con ramitas de acebo y laurel, mientras un aroma a especias y asados llenaba el aire. La servidumbre trabajaba en silencio, moviéndose con precisión para atender a los invitados.

Grayson, de pie junto a la chimenea con un vaso de brandy en la mano, intercambiaba palabras con Francis y Hugh. Isla y Nessa estaban cerca del piano, riendo con la institutriz que mantenía a los pequeños ocupados con juegos.

Cuando Maude entró al salón, un murmullo sutil recorrió el espacio. Vestida con un vestido de terciopelo azul profundo, que resaltaba su delicada figura, era imposible no notarla.

Samuel, de pie junto a una ventana, dejó de hablar con uno de los criados al verla. Debía parecer un idiota, porque Francis le dio un leve codazo.

—Samuel, deja de mirarla como si fuera una aparición divina. Vas a asustarla —bromeó, aunque había una nota de afecto en su tono.

Samuel se recompuso, pero no apartó la mirada.

—No puedo evitarlo. Es… especial.

Francis lo estudió por un momento antes de asentir.

—Lo es. Pero recuerda, la familia Atholl no es fácil de impresionar. Si quieres conquistarla, tendrás que demostrar tu valía. El conde, en especial, es un bastardo duro de roer. Ya conoces la historia de Anne.

Samuel asintió, serio, pero una chispa de determinación brilló en sus ojos.

—A quien tengo que impresionar es a Maude, pero sí, entiendo tu punto.

Cuando se sentaron a la mesa hubo una breve oración de agradecimiento antes de que se sirvieran los platos.

A medida que avanzaba la cena, las conversaciones fluyeron con naturalidad. Samuel y Maude parecían no poder frenar sus ojos, que se encontraban con frecuencia.

Fue durante el segundo plato cuando Hugh, rompió el hielo con un comentario que hizo reír a la mayoría.

—¿Es mi imaginación, o Samuel parece estar más interesado en Maude que en la comida?—dijo, con una sonrisa ladeada.

El silencio que siguió fue breve. Maude bajó la mirada, incómoda. Samuel, por su parte, se aclaró la garganta y decidió enfrentar la situación.

—Bueno, Hugh, ya que eres tan directo y parece que dejaste los modales en Londres…—lo miró con censura, porque no le gustaba que hubiese mortificado a Maude—. Supongo que sabes, por experiencia, que es difícil no estar interesado en alguien fascinante—dijo, mirando a Maude con sinceridad, alentándola con una sonrisa.

La mesa estalló en murmullos y sonrisas cómplices, mientras Francis daba una palmada en la espalda de Samuel.

—¡Eso sí que es tener coraje!—exclamó, con una nota de aprobación en su tono.

Maude, muy sonrojada, levantó la mirada y encontró los ojos de Samuel. Nessa, con aplomo, cambió el tema, dirigiéndolo al no lejano casamiento de su hermano Jhon, lo que logró la atención general.

Cuando el postre fue servido, un criado entró en el comedor con una expresión seria. Se inclinó hacia Francis, susurrando algo que hizo que el duque se pusiera de pie de inmediato.

—¿Qué ocurre? —preguntó Grayson.

Francis se giró hacia Samuel, su expresión grave.

—Es el conde de Blowtown. Ha empeorado. Su administrador envió un mensaje urgente.

El anuncio dejó a todos en silencio. Samuel, aunque afectado, asintió con firmeza.

—Debo irme de inmediato.

—No irás solo —intervino Grayson, su tono autoritario—. Te acompañaremos para asegurarnos de que tengas lo necesario para el viaje.

Maude, sentada al otro lado de la mesa, miró a Samuel con preocupación, su entrecejo fruncido. Él notó su mirada y, antes de levantarse, se inclinó hacia ella.

—Regresaré, Maude. Te lo prometo.

Ella asintió, y sus ojos brillaban con lágrimas que no dejó caer. Samuel se sintió triste por tener que alejarse justo ahora, pero también satisfecho. Ella se inquietaba por él, y esas perlas en sus ojos eran por él.

Había declaración en ese sollozo contenido, y le llenaba de gozo, se percató. No poder actuar sobre esas emociones al instante era frustrante, pero debía ser responsable.

El caos de los preparativos se extendió por la casa en cuestión de minutos. Samuel, con la ayuda de Francis y Grayson, empacó lo esencial mientras los criados organizaban un carruaje.

Antes de partir, Anne se acercó a Samuel con una capa de lana.

—Tómalo. Las noches son frías, y debes cuidarte para volver sano—dijo, su tono lleno de calidez.

—Gracias, Anne. Por todo.

—Adiós, Samuel—murmuró Maude, envuelta en un chal.

Se acercó a ella, y sin importar los testigos, su boca descendió y rozó sus labios con extrema y calculada suavidad.

Ella contuvo la respiración, y él de inmediato quedó prendado de la suavidad de esa boca. Algo con lo que soñar en las noches que estaría lejos, pero también un premio al que

volver.

—Hasta pronto, Maude. Nada de adiós entre nosotros.

Cuando el carruaje partió, Maude se quedó junto a Anne en la entrada, observando cómo desaparecía en la distancia.

Un suspiro escapó de sus labios, y Anne, perceptiva, la tomó del brazo.

—Volverá, Maude. Y estoy segura de que tendrá mucho que decirte cuando lo haga.

Maude asintió, aferrándose a esas palabras mientras la noche envolvía la mansión.

TRECE.

Habían pasado dos días. Maude estaba sentada junto a una de las ventanas del salón principal, mirando las estrellas. Imágenes y conversaciones se sucedían en su cabeza, y ni siquiera el ruidoso jugar de los niños, que peleaban y reían, se empujaban y corrían, podía extraerla de sus pensamientos.

Samuel había entrado a su vida como un viento, y lo había cambiado todo.

—Toma este té, Mau, te ayudará a calmarlo.

A su frente apareció una taza de fragante y caliente té, y Anne se sentó a su frente. Maude aceptó la infusión, sonriendo con desmayo.

—Gracias, Anne. Pero no creo que nada pueda relajarme esta noche.

Anne se sentó junto a ella, colocando una mano reconfortante sobre la suya.

—Es normal sentirse así. Preocuparse por alguien que importa… significa que lo tienes en tu corazón, Maude.

Apartó la mirada, un leve sonrojo coloreando sus mejillas.

—¿Crees que volverá? ¿Crees que sentirá lo mismo cuando regrese? Tal vez era la atmósfera aquí, el ambiente navideño…—preguntó, su voz cargada de duda.

Anne inclinó la cabeza, y negó, vehemente.

—Samuel no es el tipo de hombre que deja cosas a medias. Grayson habla de su determinación como una de sus mayores virtudes, y por lo que he visto, su interés por ti es sincero. Pero lo más importante, Maude, es cómo te sientes tú.

Maude respiró hondo, mirando las estrellas una vez más.

—Tengo claro lo que quiero. No sé si podré conseguirlo, porque no todo depende de mí. Quiero ser fuerte para enfrentar lo que venga, sea bueno o malo.

Anne sonrió, apretando su mano.

—Eso es todo lo que se necesita. Fuerza y honestidad contigo misma.

Mientras las horas avanzaban, el resto de los invitados comenzó a retirarse a sus habitaciones, dejando a Maude sola en el salón. Pero la soledad no duró mucho.

Hugh apareció en la puerta, con las manos en los bolsillos y una expresión de curiosidad en su rostro.

—No pensé encontrar a alguien despierto a estas horas—comentó, entrando al salón.

Maude se encogió de hombros, levantando la taza vacía.

—No podía dormir.

Hugh asintió, tomando un asiento frente a ella.

—Samuel estará bien. Es joven, pero ha aprendido mucho. Francis lo preparó para esto. Y esos años afuera lo hicieron madurar.

Maude lo miró con gratitud.

—Sé cuánto significa para él teneros a vosotros como guía y apoyo.

Hugh sonrió, aunque su expresión se tornó más seria.

—¿Y para ti? ¿Qué significa Samuel?

La pregunta la tomó por sorpresa. Sus labios se separaron, pero las palabras no brotaron de inmediato. Era raro hablar así con el duque de Elywood, pero su expresión llana la relajó.

—Pues… Aunque suene apresurado… Supongo que él podría ser mi Isla.

Hugh rio, y asintió.

—Pues eso suena a amor, Maude. Y si lo es, vale la pena. Mucho. El amor transforma.

Cuando Maude finalmente se retiró a su habitación, encontró algo inesperado sobre su tocador: una pequeña caja de madera, pulida y cerrada con un delicado broche.

Al abrirlo, encontró un fino pañuelo bordado con sus iniciales. Junto a él, había una nota con la letra clara y firme de Samuel.

"Para recordarte que estoy contigo, incluso cuando no lo estoy. Tuyo, S."

Las lágrimas llenaron sus ojos, pero esta vez no eran de tristeza. Con el pañuelo en la mano, se dejó caer sobre la cama, sintiendo que tenía algo tangible a lo que aferrarse. Algo que significaba esperanza.

CATORCE.

Un espectáculo de colores cálidos se filtró por las ventanas de los dormitorios anunciando el amanecer. Maude despertó temprano, con el pañuelo de Samuel aún entre sus manos, como ocurría desde que lo encontró, una semana atrás.

Había dormido mejor de lo esperado, y el descanso la ayudó a calmar su ansiedad. Se levantó y decidió caminar por los jardines, buscando claridad en el fresco aire matutino.

El rocío cubría el césped y el perfume de las rosas tempranas llenaba el ambiente. Maude avanzó por los senderos de grava, sus pasos ligeros pero determinados. En su mente, repetía las palabras de Anne y Hugh, encontrando consuelo en ellas.

Era cierto, Samuel había dejado una marca en ella, y aunque su ausencia la inquietaba, también le daba fuerzas.

Encontró a Isla y Nessa al regresar, ambas con sus niños pequeños jugando a pocos metros. Los mellizos de Isla, tan llenos de energía, corrían tras una pelota mientras la hija de Nessa, con sus rizos pelirrojos, intentaba seguirles el ritmo.

—¡Buenos días, Maude!—la saludó Nessa con una sonrisa radiante—. ¿Has salido a despejarte?

Maude asintió, un leve rubor coloreando sus mejillas.

—Sí, necesitaba aire fresco. ¿Cómo están los pequeños?

—Incansables—respondió Isla con una risa suave—. Llenos de vida.

—¿Cómo te encuentras?

Maude parpadeó, sorprendida por la pregunta directa de Nessa, pero se encontró respondiendo con sinceridad.

—Estoy bien. Estos días han sido intensos, no esperé…

—Encontrar al hombre que hace cantar tu corazón en Gales, ¿es eso?—Nessa sonreía.

—Algo así… Pero está bien tener tiempo a solas para pensar, para ordenar las emociones. Estoy convencida de que volverá, porque lo prometió.

Nessa afirmó con su cabeza.

—Los hombres de verdad no hacen promesas a la ligera. Y Francis confía en Samuel, sabe lo que vale.

Isla, que había estado observando con atención, añadió con una sonrisa traviesa:

—Y cuando regrese, estoy segura de que todos querrán escuchar una declaración romántica. Samuel no es del tipo que se queda callado sobre lo que siente.

—Ya veremos—dijo Maude, más calma—. ¿Han visto a Anne?

—Nuestra amiga se toma su tarea muy en serio. Juro que Grayson le ha contagiado

su intensidad—dijo Nessa.

—No, no—negó Maude—. Anne siempre fue responsable y muy, muy trabajadora. Iré con ella.

La encontró en la biblioteca, revisando una pila de cartas, absorta, con la pequeña jugando en una manta cercana.

—¡Maude! Justo a tiempo—dijo Anne, levantando la vista—. Tenemos noticias de Blowtown.

El corazón de Maude dio un vuelco. Se acercó con rapidez, mirando cómo Anne tomaba una carta de la pila y la extendía hacia ella.

—Es de Samuel—murmuró Anne con una sonrisa, entendiendo la mezcla de emoción y nerviosismo que irradiaba la joven.

Maude tomó la carta con cuidado, como si fuera un tesoro frágil. Se retiró a un rincón de la biblioteca y, con las manos temblorosas, rompió el sello. Las palabras de Samuel, escritas con su caligrafía segura, llenaron el papel.

Querida Maude,

He llegado a Blowtown y encontrado a mi tío en un estado muy delicado. Sin embargo, su mente sigue afilada, y hemos hablado largo y tendido sobre el futuro de la propiedad y sus responsabilidades. La cercanía de la muerte limó su carácter, y me alegra que nuestras últimas palabras sean gentiles.

No dejo de pensar en ti. En tu sonrisa, en tu compañía, en los momentos que hemos compartido. Me da fuerza y norte, Maude, y prometo volver tan pronto como sea posible. Hasta entonces, lleva contigo mi más profundo afecto.

Siempre tuyo,

Samuel.

Las lágrimas llenaron los ojos de Maude mientras leía. La calidez de sus palabras, la certeza de su regreso, llenaron su corazón de esperanza.

La tarde transcurrió entre actividades familiares. Los niños corrían por el salón, mientras los adultos disfrutaban de una merienda en el invernadero.

Francis y Hugh discutían con Grayson sobre los desafíos en sus propiedades, mientras Anne escuchaba, ofreciendo de vez en cuando una sugerencia perspicaz.

Maude se mantenía en un segundo plano, pero no se sentía sola. Cada palabra de la carta de Samuel resonaba en su mente, dándole una calma que no había sentido en días.

Esa noche se retiró a su habitación temprano. Antes de dormir, tomó la carta de Samuel y la leyó una vez más, dejando que sus palabras fueran el último pensamiento antes de

cerrar los ojos.

Prometiste volver. Y te esperaré.

QUINCE.

Samuel paseaba por el vasto salón principal de la mansión Blowtown, una construcción imponente, pero marcada por el paso del tiempo. Las paredes, cubiertas de tapices antiguos, susurraban historias de generaciones pasadas.

En un sillón junto a la ventana, el conde Blowtown, muy débil, observaba los jardines con una expresión de profunda reflexión. Su rostro surcado por arrugas, conservaba la dureza de un hombre acostumbrado al mando.

La tos interrumpió el silencio, un sonido áspero que hizo que Samuel se acercara con preocupación.

—Tío, ¿necesita algo? ¿Un poco de agua?—preguntó, inclinándose hacia el anciano.

Lord Blowtown negó con la cabeza y levantó una mano, indicando que se sentara frente a él.

—No, muchacho. Lo que necesito…—hizo una pausa para recuperar el aliento—es que tomes tu lugar. He esperado demasiado para decirlo, pero el tiempo se me acaba, y tú eres el único que puede llevar adelante este legado.

Samuel se tensó, sus manos apretándose sobre las rodillas. Sabía que este momento llegaría, pero escuchar las palabras directamente era otra cosa.

—No estoy seguro de estar listo, tío. Francis ha sido como un hermano mayor para mí, y todo lo que sé de administrar una propiedad lo aprendí de él. Pero esto… esto es diferente. Blowtown es su vida, no la mía.

El anciano soltó una risa seca, cargada de ironía.

—Blowtown es la vida de nuestra familia, Samuel. No importa si lo quieres o no. Es tu responsabilidad ahora. Mi tiempo se acaba—indicó, con crudeza.

El peso de las palabras de su tío lo golpeó con fuerza. Samuel miró hacia la ventana, sus pensamientos divagando hacia los días pasados en la mansión Bristolbridge, hacia las risas de los niños, la calidez de la Navidad y, sobre todo, hacia Maude.

¿Podría ser Blowtown un lugar donde construir un futuro con ella? Las memorias que tenía de este lugar no eran bonitas.

El conde había sido duro, y él había estado aquí en el momento de mayor dolor y desesperación de su vida.

—No quiero fallar —murmuró finalmente, más para sí mismo que para su tío.

Lord Blowtown lo miró con firmeza.

—¿Fallar? No serías el primero en administrar mal, o en equivocar tus decisiones. Y eso no ha matado a nadie. La única manera de fallar es no intentarlo, muchacho. No creas que hice bien las cosas, heredé y conservé. No di mucho a los demás, ni a nuestra estirpe—agregó,

sin acritud, como recitando una verdad que no se negaba en el lecho de muerte—. Tienes algo que muchos hombres no: corazón. Úsalo con sabiduría, y Blowtown prosperará.

El esfuerzo de hablar debilitó al conde, que debió ser trasladado a su lecho. Se apagaba con rapidez.

Esa noche, bajo la luz tenue de una lámpara de aceite, Samuel se sentó a escribir. Sus pensamientos, claros y determinados, fluían al compás de su pluma.

Querida Maude,

Hoy he tomado una decisión que cambiará el rumbo de mi vida, y espero que también el de nosotros. Blowtown será mi responsabilidad, pero quiero que sepas que cada paso que doy aquí está guiado por el deseo de construir algo contigo. Algo que valga la pena.

No puedo prometerte que será fácil, pero sí puedo asegurarte que haré lo posible para estar a tu altura, para ser digno de ti. Espero el día en que puedas ver Blowtown con tus propios ojos, y que lo consideres no solo como mi hogar, sino como el nuestro.

Con cada pensamiento y cada decisión, estoy contigo, Maude. Y no puedo esperar para regresar.

Siempre tuyo,

Samuel.

Selló la carta con cuidado, sintiendo que con cada palabra, el futuro se hacía un poco más claro.

La novedad de que Samuel había aceptado su legado, y sus frases llenas de esperanza con ella llegaron a Maude días más tarde. Las leyó emocionada, y no demoró en ir a sus amigas.

Estas estaban en la biblioteca, Isla leyendo y Nessa observando a los niños, que jugaban más lejos. Su expresión la delató de inmediato, porque Nessa sonrió:

—Has sabido de Samuel, es tan obvio—dijo, e Isla levantó la vista y dejó el libro a un lado.

Maude asintió, una sonrisa suave curvando sus labios.

—Sí, me escribió. Está en Blowtown, y… parece que finalmente ha aceptado la responsabilidad de ser el heredero del conde. Está decidido a hacer lo correcto.

Nessa intercambió una mirada con Isla, ambas intrigadas.

—¿Y mencionó algo sobre un futuro que te incluya?—preguntó Nessa, con un brillo pícaro en los ojos.

Maude se ruborizó, pero no apartó la mirada.

—Me dice que espera que yo… Que espera que pueda ir a Blowtown, que podría ser nuestro hogar.

-¿Y qué piensas?-dijo Isla.

-Yo… Me entusiasma. Me asusta un poco, también. Ha sido tan rápido. Pero mi idea de futuro aparece llena con él, con imágenes de ambos… juntos—admitió, exponiendo sus dudas y sus convicciones con total sinceridad.

Las tres se quedaron en silencio por un momento, hasta que Isla, con una sonrisa luminosa, se levantó y extendió una mano hacia Maude.

—Es maravilloso. Serán felices, ya verás. Sé paciente, y cuando llegue el momento, sé valiente.

Maude tomó la mano de su amiga, y sonrió. No veía la hora de verlo otra vez, pero mientras tanto… Iba a releer esa carta una y otra vez.

DIECISÉIS.

El aire en Blowtown era frío y cortante, pero Samuel lo acogía como si fuera un viejo amigo. Desde su llegada, había pasado días recorriendo las tierras, conociendo a los criados, arrendatarios y estudiando los libros de contabilidad.

Esa mañana, mientras revisaba el inventario del establo, un jinete llegó a toda prisa con un mensaje en mano. Samuel reconoció el sello de Bristolbridge incluso antes de que el hombre desmontara.

Rompió el lacre con dedos ansiosos, sus ojos recorriendo las líneas escritas con la caligrafía impecable de Maude.

Querido Samuel,

Me alegra saber que estás adaptándote a Blowtown, y de tu decisión. Todos envían sus saludos. Aquí, en Bristolbridge, hay mucha calma, aunque el vacío que dejaste se siente en cada rincón.

Los días fluyen lentos. Me imagino que me acostumbré a tu presencia y a nuestros paseos y charlas, y los echo de menos. Me alegra saber que te has reconciliado con el conde en sus últimos momentos.

Tus palabras me emocionaron, y me encantará conocer Blowtown y seguir explorando nuestra relación. Por ahora, solo quiero que sepas que pienso en ti cada día. Y que estoy orgullosa de ti. Aquí te esperamos.

Con todo mi cariño,

Maude.

Samuel sonrió, plegando la carta con cuidado. Maude lo estaba esperando, y él no podía defraudarla.

++++

El sonido de un carruaje en el camino de entrada llegó a los oídos de todos en la mansión Bristolbridge. Anne, que estaba en la cocina supervisando el menú, levantó la vista con curiosidad.

—¿Esperamos a alguien más? —preguntó a la cocinera.

—No, su Gracia. Debe ser algún mensajero.

Grayson apareció en la puerta y extendió una mano hacia su esposa.

—Ven, Anne. Vamos a recibirlo juntos.

Cuando llegaron al vestíbulo, Samuel estaba entrando, con la capa aún cubierta de nieve y una sonrisa algo nerviosa en el rostro. Maude bajó las escaleras justo en ese momento, y

al verlo, quedó congelada.

—Samuel, ¡qué gusto! No esperábamos verte tan pronto—dijo Anne, sonriente, y se acercó veloz para saludarlo, y Grayson estuvo detrás.

—Las cosas en Blowtown están bajo control por ahora—respondió Samuel, sus ojos buscando los de Maude—. Y sentí que necesitaba estar aquí… con todos vosotros.

Grayson, percibiendo el subtexto, le dio una palmada en el hombro.

—Pues has llegado justo a tiempo para la cena. Y estoy seguro de que tu presencia será el regalo perfecto para algunos aquí.

Samuel rio suavemente, pero su atención estaba fija en Maude, que todavía estaba a mitad de la escalera, mirándolo con sorpresa y mucha emoción contenida.

—Maude…

—Samuel… Bienvenido… Otra vez… ¡Qué sorpresa!—ella pareció recuperarse de a poco, y entonces bajo la escalera, y corriendo, lo abrazó.

Hubo risas, y Samuel la abrazó con suavidad, hablándole al oído.

—Creo, por tu reacción, que me has echado de menos.

—Mucho—susurró ella.

—Pues qué gusto, porque temí que me olvidaras.

—No, no creo que eso sea ya posible—señaló, y miró alrededor, entonces, sonrojada, porque había olvidado que estaban en público.

Pero lo que encontró fue vacío, porque los demás se habían retirado, dejándoles solos.

—¡Estás más hermosa, si cabe!—dijo él, y la besó, pasando de un roce suave a una unión intensa y profunda en cuestión de segundos.

Maude saboreó su primer beso real con fruición, deleitándose en el hormigueo en sus labios y en su mandíbula, en las sensaciones que se trasmitían por su garganta.

Las manos callosas de Samuel en su cuello y luego en su talle, envolviéndola, llevaron calor a cada parte de su cuerpo, y se sintió viva.

Sus brazos envolvieron el cuello masculino y lo trajeron más cerca, y solo la presencia de su adorable sobrina la separó:

—¿Qué pasa, Mau Mau?

Roja como una guinda, tartamudeó:

—Nada… Yo… No…

—Hola, preciosa—Samuel se agachó y la elevó—. Mau Mau tenía algo en la boca, y la ayudé. No hay que dejar la boca abierta porque entran moscas.

La nena asintió, muy seria, y hubo resoplidos y risas contenidas en la otra sala. Maude sintió que se calcinaba de la vergüenza, pero Samuel…

La miraba con tanta intensidad que decidió que podía derretirse ahí mismo.

DIECISIETE.

El invernadero era un refugio cálido en contraste con el frío que cubría el exterior. Las paredes de vidrio estaban empañadas por la humedad, y el aire olía a tierra mojada y flores exóticas.

La luz tenue de las lámparas de aceite creaba sombras suaves en las hojas de las plantas, otorgando al lugar un aire de intimidad. Maude avanzó despacio, sus pasos resonando ligeramente sobre las baldosas.

Samuel la seguía, ajustándose los puños de su camisa después de haber dejado su capa en el vestíbulo. Cuando Maude se detuvo junto a una planta en flor, él también lo hizo, quedándose en silencio por un momento.

—No esperaba que volvieras tan pronto, pero lo quería—dijo ella, girando apenas la cabeza para mirarlo.

Samuel sonrió, metiendo las manos en los bolsillos de sus pantalones.

—Ni yo. Pero necesitaba estar aquí. Al menos hasta que el año termine, no hay mucho por hacer.

—Lamento mucho la muerte de tu tío, Samuel—dijo, y él asintió.

—Él se comportó con tanto valor. Esos días nos dieron la oportunidad de conocernos bajo otra luz.

—Eso es bueno.

Maude bajó la mirada, su corazón latiendo más rápido. El calor del invernadero parecía intensificarse, o tal vez era la cercanía de Samuel lo que la hacía sentir así.

—¿Y cómo va todo?—preguntó, buscando algo que decir para calmar sus nervios.

Samuel dio un paso hacia adelante, deteniéndose junto a ella.

—Mejor de lo que esperaba, gracias a los consejos de Francis. Pero… —Hizo una pausa, girando para mirarla directamente—, mientras trabajaba en Blowtown, no podía evitar pensar en ti. Y en lo mucho que me gustaría que estuvieras allí, ayudándome a convertir ese lugar en un hogar de verdad.

Maude levantó la vista, sorprendida por lo directo y sincero de sus palabras. También aliviada, porque temía que él hubiera escrito declaraciones altisonantes influido por las emociones de ver a su tío moribundo.

—Samuel, no sé qué decir…

—No tienes que decir nada —la interrumpió él, con una sonrisa que combinaba ternura y sobriedad—. Pero quiero que sepas que lo digo en serio. Eres importante para mí. Y si eso suena demasiado directo, lo siento. Tres años en la India me enseñaron que no tiene sentido perder tiempo fingiendo lo que uno siente.

Maude sintió que su corazón daba un vuelco. Sus ojos buscaron en los de él, y vio lo que quería. Sinceridad, emoción, y una chispa de vulnerabilidad que lo hacía aún más encantador.

—Samuel, tengo que… No he hablado nada con mis padres… No tienen idea…—comenzó, su voz temblorosa.

Él alzó una mano, tocando su brazo.

—Tenemos tiempo. Solo quiero que sepas que estoy aquí, Maude. Y que mis sentimientos son sólidos.

Maude, con los ojos brillando, se permitió un pequeño paso hacia él, lo suficiente para que sus manos se tocaran ligeramente.

—Me abruma un poco sentirme… Sentir tanto…—susurró.

Él rio, bajando la cabeza.

—Estamos iguales, Maude. Sé lo que quiero, y tú eres lo más importante.

Maude sintió que las lágrimas amenazaban con asomarse, pero en lugar de ceder a la emoción, sonrió.

—Me gusta esto de ser directos y honestos. Sabes que si estuviéramos en Londres, a solas, sería un escándalo. Si mi padre supiese que estoy en un invernadero con un conde, sin chaperona… Se pondría furioso.

Samuel alzó la vista, y la intensidad de su mirada la dejó sin aliento.

—Prometo ser siempre honesto contigo. Al diablo las convenciones. Se vive mejor fuera de Londres.

La conexión entre ellos era palpable, un hilo invisible que los unía en esa noche de invierno. Samuel, con cuidado, tomó su mano entre las suyas y, con un gesto lento y deliberado, llevó los nudillos de ella a sus labios, rozándolos, provocando sensaciones desconocidas.

El gesto, cargado de emoción, hizo que Maude cerrara los ojos por un instante, saboreando la calidez que parecía envolverlos. Y cuando los abrió, supo, sin lugar a duda, que Samuel era el único con quien quería imaginar un futuro.

DIECIOCHO.

Anne y una de las doncellas aparecieron con pequeñas bandejas de plata en las que se habían dispuesto sorpresas para los invitados: figuras de cera perfumada, dulces envueltos en papel brillante, diminutas formas de madera pintadas a mano; trompetas, flautines, entre otras.

—¿Regalos para todos, Anne?—preguntó Isla al entrar en la sala con una sonrisa curiosa.

—No para todos, pero sí algunos—respondió Anne—. Grayson sugirió que cada niño encontrara su regalo en el árbol, como si lo hubiera dejado algún espíritu navideño.

—Qué idea tan encantadora—Isla rio con deleite, observando a los pequeños saltar con anticipación—. Aunque espero que haya algo para nosotras también.

Anne sonrió, su mirada cálida mientras colocaba otro pequeño paquete en un lugar estratégico bajo el árbol, y hubo que sacar a los niños, que querían tomar los objetos al instante, poniendo el árbol en peligro. Entonces, dulces provenientes de la cocina fueron la salvación.

Cuando todo estuvo listo, Anne se dirigió hacia el clavicordio situado cerca de la ventana, donde las cortinas habían sido retiradas para dejar ver el cielo estrellado. El instrumento, pulido y reluciente, aguardaba como si también formara parte de la celebración.

Los murmullos cesaron poco a poco cuando Anne pasó los dedos sobre las teclas, dejando que una dulce nota flotara en el aire.

—Anne tocará para nosotros —anunció Grayson, su voz fuerte pero suave—. Y todos deberíamos acompañarla.

Los invitados se reunieron más cerca, algunos acomodándose en sillas, otros quedándose de pie con expresiones expectantes. Los niños dejaron sus juegos, sentándose en el suelo, atentos al comienzo.

Anne sonrió con timidez y comenzó a tocar las primeras notas de *God Rest Ye Merry, Gentlemen*, un villancico que evocaba tanto el espíritu solemne como la alegría de la Navidad inglesa.

La música llenó la habitación, suave y constante, envolviendo a todos en una calma casi mágica. Uno a uno, los presentes unieron sus voces:

God rest ye merry, gentlemen,
Let nothing you dismay,
For Jesus Christ our Savior
Was born upon this day…

La voz de Isla sobresalió con un tono claro y vibrante, mientras Hugh, con más

entusiasmo que entonación, acompañaba desde el fondo. Los niños intentaban seguir las palabras, algunos riendo al perderse, pero todos participando en la melodía.

Maude, de pie junto a la chimenea, observaba la escena con una sonrisa involuntaria en los labios. La voz grave de Samuel se unió al canto con un tono inesperadamente suave, haciendo que ella lo mirara de reojo, sorprendida.

Samuel captó su mirada y, sin detener su canto, arqueó una ceja, como si desafiara su asombro. Maude desvió la vista, aunque la sonrisa persistía, una mezcla de curiosidad y aprecio infinito por ese hombre que la dejaba sin palabras.

Cuando la última estrofa terminó, la habitación quedó en silencio unos instantes, roto solo por el crepitar de la chimenea y las risas de los más pequeños. Anne levantó las manos del clavicordio, dejando que el último eco de la música muriera con suavidad.

—Gracias, Anne —dijo Isla, aplaudiendo—. Creo que no podríamos haber pedido una Navidad más perfecta.

Anne sonrió, sus ojos brillando con alegría.

—La perfección está en tenerlos aquí.

Samuel, mientras se servía una copa de vino, lanzó una mirada a Maude antes de hablar:

—Esta casa y ustedes… Ha sido un diciembre para el recuerdo eterno. He recibido dones inconmensurables.

Maude lo miró de reojo, su expresión más contenida esta vez.

—Pues de seguro el mayor es Maude. Es buen momento para escribir al conde Atholl. De igual a igual, conde Blowtown—dijo Nessa, práctica, y Maude se escondió tras sus dedos, abrumada, y la diversión fue general.

—Me parece una observación atinada. Si la dama acepta mi cortejo…

Ella levantó la vista, y bajó sus manos.

—Sí, lo acepto.

Hubo aplausos y sonrisas.

Samuel extendió una sonrisa enorme, levantando su copa.

—Por los comienzos. Por el amor.

—Por la familia.

—Por los regalos—gritó Henry, provocando carcajadas, y Grayson se adelantó para repartir los pequeños obsequios.

Las risas y exclamaciones llenaron la habitación, mientras las llamas del fuego seguían danzando, y el eco del villancico parecía permanecer en cada rincón.

Grayson observaba a Anne desde un rincón del salón. Cuando ella notó su mirada, él sonrió y fue a ella.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Anne, su voz un susurro privado.

—En lo mucho que has transformado mi vida. Y en cómo, incluso en una noche como esta, sigues encontrando maneras de cuidar de todos—Él tomó su mano, acariciando sus dedos con suavidad—. Prometo que haré de cada Navidad algo memorable para ti, como tú lo haces para todos nosotros.

Anne sintió que su corazón se aceleraba, y se recostó contra él.

—No necesito más que esto, Grayson. Tú, nuestra familia, nuestros amigos… y estas noches llenas de amor.

DIECINUEVE.

El gran comedor de la mansión Bristolbridge estaba vestido para la ocasión, irradiando una calidez que rivalizaba con la luz de las velas que llenaban la estancia.

El largo mantel blanco, la porcelana fina, los cubiertos de plata, las copas de cristal, las bebidas finas, la abundante comida, todo daba a la velada un realce extraordinario.

Las risas y los murmullos llenaron el aire. Los niños, vestidos con sus mejores galas, caminaban con entusiasmo mientras los adultos tomaban sus lugares.

—Ya está todo listo—anunció Anne, tomando su lugar junto a Grayson, quien deslizó una mano por su cintura antes de ayudarla a sentarse.

La cena de Navidad comenzó con un intercambio de anécdotas, brindis y el sonido de los utensilios que chocaban con la porcelana. El duque de Worcester, jovial, compartió una historia de sus primeras Navidades como padre, provocando las risas de todos.

Samuel, sentado al lado de Maude, observaba la dinámica con atención. Había algo tan genuino en la manera en que estas familias interactuaban que hacía que cualquier tensión o preocupación se disipara.

Sus ojos se desviaron hacia Maude, que reía, y por un instante, el mundo pareció reducirse a la manera en que sus labios se curvaban y cómo su mirada brillaba.

—¿En qué piensas? —preguntó ella, al notar su silencio.

—En lo mucho que me alegro de estar aquí —respondió, su voz suave y cargada de sinceridad.

Maude le devolvió la mirada, su expresión ablandándose.

—Yo también me alegro.

Más tarde, los postres fueron servidos: un pudín navideño tradicional acompañado de natillas calientes. Los niños estaban emocionados, especialmente cuando descubrieron las pequeñas sorpresas escondidas en el bizcocho.

Grayson se levantó, levantando su copa. El murmullo cesó, y todos los ojos se dirigieron a él.

—Esta noche, quiero agradecer a cada uno de vosotros por estar aquí. Es un privilegio compartir estas fechas con quienes más queremos. Para mí, esta es la verdadera esencia de la Navidad: la familia, los amigos, y los momentos que construimos juntos—Sus ojos se encontraron con los de Anne, su mirada cargada de amor—. Brindemos por ello.

—¡Por la familia y los amigos!—corearon los presentes, levantando sus copas.

Mientras las conversaciones y risas continuaban, Samuel y Maude compartían un momento de complicidad. Él le ofreció un trozo de pudín, sosteniéndolo con un tenedor, y ella, tras un momento de duda, aceptó, riendo con suavidad.

La velada continuó con un aire de calidez y esperanza, y mientras las llamas de la chimenea chisporroteaban, la mansión Bristolbridge se convirtió en un lugar donde los corazones encontraban refugio y los lazos se fortalecían.

Afuera, la nieve seguía cayendo, un recordatorio suave y constante de la magia de la Navidad.

FINAL.

La mansión Blowtown, elegante y solemne, brillaba bajo la luz suave de la tarde. Samuel cruzó el umbral con pasos firmes, deteniéndose al llegar al centro de la habitación.

Su mirada fue directa hacia Maude, quien se encontraba de pie junto a la ventana, observando cómo el paisaje se perdía en el horizonte. Su vestido en un verde profundo, resaltaba sus curvas elegantes y el rubor de sus mejillas.

—No puedo creer que hayas logrado que todo esto sucediera—dijo Maude, sin apartar la mirada del cristal empañado. Su voz contenía una mezcla de asombro y calma.

—¿A qué te refieres? Porque hemos hecho mucho—indicó, avanzando hacia ella.

—Apenas hace unos meses, no éramos más que dos casi desconocidos en una cena.

—Ha sido rápido…—respondió con una sonrisa—. Pero no tengo intención de cuestionar lo mejor que me ha ocurrido.

Maude se giró hacia él, y su rostro portaba una felicidad que parecía no poder contener. Su cabello caía suelto en ondas suaves, como si la formalidad que Londres había exigido los últimos meses ya no tuviera cabida aquí.

—Una condesa—susurró ella, con un deje irónico en la voz, como si el título siguiera siendo un extraño en su vida—. Quién lo hubiera pensado.

Samuel soltó una leve risa, recordando el trayecto que los había llevado hasta aquí.

—Yo supe que serías mía en los primeros días de diciembre, allá en Gales. Al estilo romano: Veni, vidi, vinci. Fui, miré y conquisté—dijo, con convicción no exenta de vanidad.

—¿No habrá sido al revés?—dijo Maude, frunciendo el ceño.

Samuel rio, y asintió.

—Tal vez, Mau Mau—besó su cuello, largo, y ella elevó su cabeza para darle acceso —. Aunque me hizo falta una carta y varias visitas largas y formales para que el conde de Atholl aceptara mi intención de cortejarte—fingió temblar.

—¡No fue tan terrible!—dijo ella, riendo, y se dio la vuelta para quedar entre sus brazos.

—Claro que no—respondió, besándola con pasión, y ella suspiró sobre su boca, plegándose a él.

—No te quejes, ha sido un camino hermoso.

—No me quejo, lejos de eso. Esas largas visitas con tu madre o tu hermana Victoria en el medio, fueron necesarias. No más, mi querida. Eres toda mía.

—Digo lo mismo, milord.

Samuel tomó su otra mano, acercándola a su pecho, donde ella pudo sentir el ritmo firme de su corazón.

—Si me hubieran dicho al salir de India que sería conde en dos meses y tendría una esposa adorable en tres, hubiera dicho que estaban locos. Pero aquí estamos.

Maude sonrió, un gesto lleno de ternura y determinación.

—Aquí estamos, Samuel. Porque ambos lo quisimos.

Samuel inclinó su rostro hacia el de ella y la besó. Fue un beso profundo y pleno, cargado de todo lo que habían construido desde aquella primera cena, desde las cartas formales hasta las promesas implícitas en cada encuentro.

Era un beso que hablaba de amor, pasión y futuro. Maude se aferró a él, permitiendo que la envolviera en sus brazos. Samuel la sostuvo con firmeza.

La habitación se llenó del crujir de la chimenea y del susurro del viento que golpeaba las ventanas, pero en su mundo solo existían ellos dos.

Samuel la guio hacia el sillón cercano, y sentándola con cuidado, se arrodilló frente a ella, tomándole las manos con una ternura que contrastaba con la pasión que ardía en sus ojos.

—Me emociona pensar que tendremos una vida tan bonita como las que vimos disfrutar a los duques, Maude—dijo con voz baja.

Maude inclinó su rostro hacia él, susurrando apenas:

—Estoy convencida, porque nos queremos.

—Vamos a la cama, condesa. Tenemos una familia por construir.

NO OLVIDES SUSCRIBIRTE A MI NEWSLETTER (http://eepurl.com/cLmx4j) Y SEGUIRME EN MIS REDES PARA CONOCER MIS NOVEDADES.

¡Hasta la próxima!

FIN